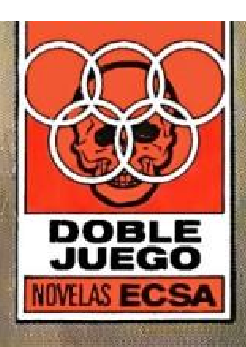
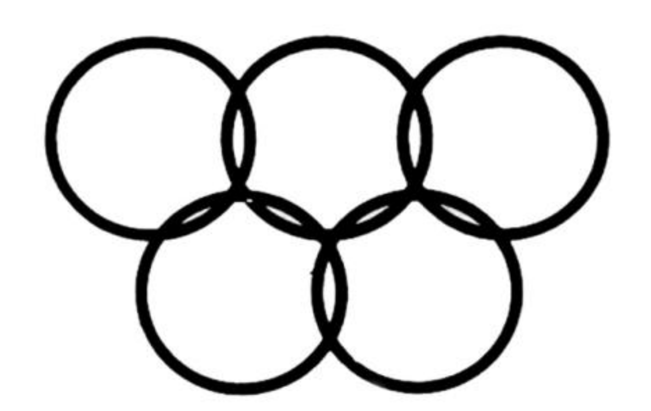


DOPPING

Elliot Dooley



COLECCION
DOBLE
JUEGO

ECSA

ELLIOT DOOLEY

DOPPING

Colección
DOBLE JUEGO n.º 34
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048 5
Depósito legal: B. 32.074-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1982
2.ª edición en América: mayo, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

El gentío que abarrotaba el «Sporting» de Filadelfia estaba de pie, vociferando. La gran mayoría de los espectadores parecían histéricos. Gritaban, aullaban, insultaban...

Todos los allí presentes adivinaban que el final estaba muy próximo. Que era ya inminente.

Una victoria por KO de su ídolo Sean O'Brooke sobre el actual campeón, Lincoln Vince.

La gente apremiaba con sus gritos al ya casi seguro vencedor para que liquidase de una vez a su contrario.

—¡Acaba con él, Sean!

—¡Mátalo!

—¡Que se lleven a ese negro con los pies por delante!

—¡KO, Sean! ¡Déjalo KO!

El irlandés oía los gritos como el tronar de una tempestad que rugiese en torno suyo. Apenas si entendía las palabras, pero comprendía su significado.

Sean O'Brooke se debía a su público. Los deseos de este eran órdenes para él. No podía dejar de cumplir lo que le estaban pidiendo. No podía fallarles...

¡Y no les falló!

Sean O'Brooke atacó de modo fulminante.

El irlandés lanzó una serie de uno-dos, para luego meter la izquierda, abriendo ligeramente su guardia a fin de que el negro se confiara.

Lincoln Vince cayó en la trampa que tan hábilmente acababa de tenderle O'Brooke, y trató de asestar un derechazo en la cabeza del irlandés, pero este esperaba ya aquella respuesta y, antes de que el negro se diera cuenta de su error, le dirigió un derechazo, en corto, que estalló en mitad de la cara de Vince.

El negro se tambaleó en medio del *ring* como si estuviera borracho. Manoteó buscando un asidero inexistente, exponiéndose todo él al ataque de O'Brooke.

La muchedumbre que llenaba el «Sporting» bramó de

entusiasmo y rugió a más y mejor. Animaban y excitaban a su ídolo para que acabase ya con su contrincante.

O'Brooke no necesitaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Veía que su oponente estaba ya a su merced. Un golpe más y le haría morder la lona.

El irlandés avanzó como un huracán contra Vince, manteniendo alzados los brazos, cerca de la cara, para disparar después un directo a la cabeza.

Vince se derrumbó sobre la lona.

El árbitro se acercó y empezó a contar.

—Uno… dos… tres…

Vince era un luchador pundonoroso, de los que no se rinden fácilmente. Al oír que el árbitro contaba «cuatro», alzó la cabeza y miró con odio al irlandés que había retrocedido y «bailaba» a unos pasos de donde estaba él.

El negro masculló unas maldiciones y, dificultosamente, apoyándose en las manos, se puso en pie cuando el árbitro contaba «seis». Después fue al encuentro de su contrincante.

O'Brooke estaba asombrado por la resistencia del negro. Y también gran parte del público, que le había dado ya por *knockout*, sin comprender que después del duro castigo encajado, por buen fajador que fuese, se mantuviera todavía en pie.

Vince aún tuvo ánimos para dirigir un *jab* con su izquierda al par que se disponía a disparar la derecha.

El golpe aquel apenas si tenía potencia. Vince estaba desfondado y eso lo comprendió al instante el irlandés.

O'Brooke se dispuso a acabar con su contrincante. De una vez. Como le pedía el público.

El irlandés lanzó un rápido y fulgurante gancho izquierdo a la cabeza de Vince, que se tambaleó una vez más.

Sin dar al negro el menor respiro, O'Brooke conectó un tremendo *uppercut* que le hizo trastabillar, hasta que otro gancho con la zurda le hizo caer, completamente doblado, para quedar de bruces en la lona.

La multitud rugió de modo ensordecedor.

O'Brooke miró un instante al caído, como valorando sus posibilidades. Después dio media vuelta y se dirigió a su esquina, mientras por el altavoz oía la cuenta del tiempo.

Al llegar a su rincón, el irlandés se giró y miró al árbitro, inclinado sobre el vencido.

—…Ocho… nueve… y ¡y diez!

El árbitro cruzó los brazos extendidos sobre el caído y dio por terminado el encuentro al incorporarse gritando:

—*OUT!*

El hombre se volvió entonces hacia O'Brooke, que acababa de dejar su rincón y, muy sonriente, avanzaba ya a su encuentre. Cogió el brazo del nuevo campeón y, alzándolo, proclamó:

—Vencedor por KO… ¡Sean O'Brooke!

El clamor del público fue enorme, estrepitoso. Silbidos y aplausos se entremezclaron mientras el irlandés, con los brazos levantados, recorría el cuadrilátero a pequeños saltitos, saludando a derecha e izquierda.

Los cuidadores y el *manager* de O'Brooke saltaban ya al *ring* para abrazar al nuevo campeón. También lo habían hecho los del negro, para atender al derrotado Vince.

El irlandés tuvo ocasión de mirar a su contrincante, que continuaba tendido de bruces en la lona, sin que pareciese dispuesto a levantarse, como si ni tan siquiera pudiera moverse. Sus cuidadores le estaban dando la vuelta y poniéndole boca arriba.

«¿Por qué no le levanta? —se preguntó O'Brooke—. ¿Es que no comprende que ya está todo listo?… ¿No ve que ha perdido el combate y también su título de campeón?».

Los fotógrafos que se agolpaban a su alrededor impidieron que pudiese continuar mirando a Vince. Los periodistas y cronistas deportivos acosaban a O'Brooke con sus preguntas y sus voces, además del griterío del enfervorizado público, impidieron que el irlandés oyese como el corpulento Brad, el *manager* de Vince reclamaba la presencia y auxilio de un médico.

Empujado por unos y otros, O'Brooke abandonó el *ring*. Ya en los *ringside*, cuyos ocupantes se agolpaban en torno suyo para felicitarle, el irlandés volvió la vista atrás y palideció.

El doctor Wallace, médico titular de la Comisión Atlética del Estado, estaba ya en el cuadrilátero atendiendo al todavía inmóvil Lincoln Vince.

—¡Vamos, Sean! —le gritó su *manager*, empujándole hacia los vestuarios—. Tienes que ducharte e irnos al «Flamingo». El señor

Marrad da una fiesta para celebrar tu triunfo.

—Espera, Burt... Solo un momento.

Y O'Brooke miró otra vez al *ring*.

El irlandés vio cómo el doctor Wallace sacaba de su maletín de urgencia una aguja hipodérmica, la llenaba con el contenido de una ampolla y la hundía en el pecho del boxeador negro.

Tres hombres subieron entonces al *ring* con una camilla y el médico les ayudó a colocar sobre ella a Vince.

—Bajadlo con cuidado... Está grave.

Pálido como un muerto. Sean O'Brooke vio cómo su contrincante era sacado del *ring* y pasaba delante de él camino de la enfermería.

Un súbito silencio acababa de producirse en el «Sporting». El público se había dado cuenta ya de que aquel combate tenía un final inesperado. Alguno se sintió molesto y optó por retirarse. Otros siguieron allí incitados por una curiosidad morbosa.

También Sean O'Brooke seguía inmóvil, como clavado en el suelo, tremendamente inquieto. Su *manager* le tiró del brazo para llevárselo de allí lo antes posible. Comprendía, que el joven boxeador se sintiera afectado...

—Vámonos, Sean. Se nos hace tarde.

—Sí, claro.

El irlandés se dejó llevar a su camerino, pero antes de entrar en este, dirigiendo una mirada hacia el final del corredor, donde estaba la enfermería, pidió:

—Infórmate sobre Vince.

—Ahora mismo iré para enterarme de cómo está. Dúchate tranquilo y no te preocupes.

Pero, desmintiendo las tranquilizadoras palabras de Burt Flanagan, un pastor episcopaliano pasó ante ellos, precedido por uno de los cuidadores de Lincoln Vince.

O'Brooke detuvo al segundo y preguntó:

—¿Cómo está...?

El negro le miró con cara apesadumbrada.

—Mal... Muy mal.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Habló algo de una conmoción cerebral y de un coágulo de sangre en el cerebro. No se atreve a llevarlo al hospital. Por eso fui

en busca del reverendo.

El segundo de Vince se zafó de la mano del irlandés y continuó hacia la enfermería.

—Ve a ducharte, Sean, y no pienses más en eso —insistió Burt Flanagan—. Te prometo que iré a enterarme de cómo evoluciona lo de Vince.

—Si hay algo que yo pueda hacer…

—Descuida que te lo diré —replicó Burt y le empujó al interior del camerino.

Sean dejó de ofrecer resistencia y pasó a la ducha, pero mientras se colocaba bajo el chorro de agua, y esta resbalaba por su cuerpo, refrescándolo y revigorizando sus cansados músculos, el joven irlandés no pudo por menos de pensar en otro momento, años antes, en que le tocó vivir algo parecido.

CAPÍTULO II

Sean había celebrado con la familia su cumpleaños. Ahora se consideraba todo un hombre: tenía dieciséis años.

Después de haber comido con los suyos y como tenía unos cuantos billetes en el bolsillo, fue a reunirse con sus amigos para celebrar con ellos su cumpleaños, invitándolos. Les encontró, como esperaba, en el *Drugstore* del viejo Moss. Y fue entonces cuando conoció a «Salvaje» Flint, que acababa de salir del reformatorio, por lo que presumía más que si fuera el propio Al Capone.

«Salvaje» Flint miraba a los demás con aire de perdonavidas. Aceptó la invitación de Sean como un tributo de este, como si fuera una obligación suya. Luego, mientras bebía a morro de la botella de *whisky*, le metió mano a Rosie, la chica que más le gustaba a Sean, pero como el muchacho vio que ella no se oponía, sino que se reía y parecía gustarle la cosa, no dijo ni pío, aunque puso mala cara.

—¿Qué pasa contigo, tío? —le increpó «Salvaje» Flint—. ¿No te gustan las chavalas?... ¡Mira lo buena que está esta!

Y, para que lo apreciase, levantó las faldas de Rosie que quedó con los muslos al aire enseñando hasta las bragas.

Todos rieron y también la propia Rosie, pero él no. A Sean no le hizo maldita la gracia verla de aquel modo. Se mordió el labio inferior hasta casi hacerse sangre, pero siguió callado.

—¿Qué os parece si fuésemos a «hacer un coche» y nos diésemos un garbeo por ahí? —propuso «Salvaje».

Los chicos se miraron entre ellos, pero ninguno pareció encontrar satisfactoria la idea.

—Con un coche solo se pasa el rato y si te trincan lo pasas fatal —opuso «el pecas».

—Yo prefiero «hacernos» con algo vendible. ¿Qué tal si fuésemos a casa de la viuda? Además de beneficiárnosla podríamos llevarnos algunas cosillas y vendérselas al viejo Moss.

Sean les oía disgustado. Él había ido allí para celebrar su cumpleaños bebiendo, bailando... Aquel plan no le iba, al menos ese día.

«Salvaje» Flint zanjó la discusión.

—Vosotros haced lo que os venga en gana. Yo «haré un coche» y me largaré con esta chavala. Lo pasaremos fenómeno en un sitio desierto.

Y, soltando una carcajada pasó la mano por la cintura de Rosie y se la llevó de allí.

Sean les vio marchar con rabia. Luego, cuando se dio cuerna de que los otros continuaban discutiendo sobre la visita a la viuda, se deslizó sigiloso fuera del *Drug* del viejo Moss y fue tras los pasos de la pareja.

Les vio al doblar la esquina.

«Salvaje» Flint estaba parado al lado de un Buick descapotable y trasteaba en él para hacer un puente y llevárselo.

Sean gritó para que «Salvaje» le oyese.

—¡Eh, tú! ¡Deja ese Buick!

Mascullando una maldición, «Salvaje» se volvió para ver quién era el entrometido.

—¿A qué vienes tú, aguafiestas? —aulló.

—A romperte los morros. Los tipos como tú me revuelven el estómago, ¿sabes?

Sean se veía fornido para su edad pero «Salvaje» se creía mucho más fuerte que él. Y pensaba que a la hora de pelear él llevada todas las de ganar. ¿Qué podía hacer un pipiolo contra un veterano como él?

Poniendo cara de duro y andando como un matón de los que se ven en el cine, fue al encuentro de Sean.

—Haré que te comas las palabras.

—¡Inténtalo, bocazas!

«Salvaje» miró de reojo a la chavala y comprendió que el chico aquel quería impresionarla.

Rio burlón, desafiante.

—Tienes ganas de presumir pero vas a pasarlo fatal… Te pondré la cara como un tomate. ¡Acércate!

Sean no se lo hizo repetir dos veces.

Con el hombro derecho algo retirado y los puños y antebrazos cubriendo el estómago y el pecho, el irlandés avanzó hacia «Salvaje» que se lanzó directo contra él disparándole un *uppercut*.

Sean rechazó el golpe fácilmente, al tiempo que iniciaba un

rápido y demoledor uno-dos, que hizo retroceder a su contrincante.

«Salvaje» acusó el impacto de aquellos golpes y bramó de rabia. No esperaba nada por el estilo. Reaccionó iracundo y trató de colocar un directo en la cabeza del irlandés, pero este se agachó con rapidez al tiempo que conectaba un gancho con la izquierda en la mandíbula de Flint.

Tambaleándose, «Salvaje» volvió a retroceder. Pero Sean no estaba dispuesto a concederle el menor respiro. Le soltó un *crochet* que le hizo vacilar sobre los pies y antes de que pudiera reponerse ya cargaba con toda su fuerza, conectando en la cara de «Salvaje» un fulminante *uppercut*, que lo derribó al suelo.

«Salvaje» no conocía mucho de boxeo, pero sí sabía pelear sucio y agarró por el tobillo al irlandés, haciéndole medir la calzada con sus huesos.

Después, antes de que Sean se rehiciera, «Salvaje» se abalanzaba sobre el muchacho, para golpearle sañudamente.

Sean encogió las piernas por debajo del vientre de su adversario y las disparó a un tiempo, empujándole contra la pared.

—¡Cochino traidor! —bramó el irlandés levantándose—. No sabes pelear limpio...

Irritado por el sucio comportamiento de «Salvaje», el irlandés se puso a golpearle con toda su fuerza. Sus puños se mostraron entonces demoledores. La gran pegada del muchacho quedó de manifiesto a medida que conectaba un golpe tras otro en Flint, que ya no acertaba a cubrirse ni a utilizar ninguna de sus marrullerías.

Un directo entre ceja y ceja abatió a «Salvaje», que se desplomó como un buey abatido por un mazazo.

Jadeante, Sean quedó en pie delante del caído, mirándolo con odio. Rosie se le acercó y señaló, asustada, a «Salvaje».

—Le has matado...

—No digas tonterías. Solo está sin conocimiento.

Le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él para besarla en la boca. Luego murmuró:

—No podía dejar que te manoseara delante de los otros, ni que se te llevara para hacer lo que le diese la gana. Tú eres mía. Me perteneces.

Ella le miró con admiración y susurró:

—Sí... Tú eres mi hombre.

—Pues no lo olvides, guapa.

Sean retrocedió y, señalando al todavía inmóvil «Salvaje», añadió en tono burlón:

—Encárgate tú misma, o avisa para que vengan a recoger esta basura. ¡Apesta!

Después, Sean dio media vuelta y se fue.

* * *

En el *Drugstore* del viejo Moss no estaban ya sus amigos. La panda se había quitado de en medio.

«Habrán ido a hacerle una visita a la viuda. La tía les va cantidad —pensó irritado—. Ahora tardarán por lo menos un par de horas en asomar de nuevo las narices por aquí. Y vendrán presumiendo de haberlo pasado en grande. Será mejor que me meta en un cine».

Sean le echó una ojeada a la cartelera y vio que en el barrio se reponía una película de Bruce Lee. Le gustaba ver cómo luchaba el chino aquel. Siempre aprendía algo nuevo, una llave, un golpe, o la manera de encajar, que también es importante. Aunque al irlandés lo que de veras le gustaba era el boxeo.

Compró una barra de chicle y se metió en el cine. Disfrutó lo suyo con la violencia de la película, sin molestarse en ver quién tenía al lado. Solo cuando notó que una mano se deslizaba furtiva por su pierna miró para ver qué tal era la tipa.

—¡Eh, tú! —exclamó al ver que se trataba de un fulano—. ¡Si no me sacas la mano de encima te atizo!

El vecino de asiento fue a decir algo, pero Sean le golpeó en la mano con el canto de su derecha, haciendo que el otro soltase un chillido y se largara de allí a toda pastilla.

Cuando terminó el filme, Sean salió a la calle y encaminó sus pasos al *Drug* de Moss.

Ahora sí estaban allí sus amigos. Callados y cariacontecidos, igual que se estuviesen en un velatorio.

Al verle entrar en el local, «el pecas» le increpó:

—¿Qué le hiciste a «Salvaje» Flint?

Sean rio abiertamente.

—Se merecía una lección de modales y se la di. ¿Por qué?

El Pecas hizo una mueca.

—Rosie no consiguió que se levantara y tuvo que llamar a una ambulancia.

—¡Bah! No creo que fuese para tanto.

—¿No…? Pues lo llevaron al hospital y está en coma.

—¿En coma? —se asombró el irlandés.

—Sí. Y es más. Los médicos no creen que salga de esta.

—¡No puede ser! —exclamó Sean desconcertado.

—Pues lo es.

Sean tragó saliva y miró vacilante a los otros, que continuaban con sus caras de funeral.

—Estáis bromeando… ¿verdad?

—Nada de eso —terció otro—. El Pecas te ha dicho la verdad. Y por si eso no fuera bastante, la poli te anda buscando.

—¿A mí?

—¡Claro! ¿No fuiste tú quien le atizó?

—Pero… ¿cómo lo ha sabido?

El Pecas carraspeó antes de responder.

—Primero habló Rosie y después nos tomaron declaración a nosotros. Tuvimos que decir que te molestó lo que Salvaje hizo con tu chica y que fuiste tras ellos.

—¡Chivatos!

El irlandés miró en torno suyo como un animal acorralado. Luego fue hacia la puerta del *Drug*, pero en el umbral de este acababa de aparecer el *sheriff* con uno de sus ayudantes.

—¿Eres tú Sean O'Brooke? —le preguntó el *sheriff*.

El muchacho respondió con un movimiento afirmativo de cabeza. Entonces oyó que el *sheriff*, sujetándolo del brazo, le decía:

—Acompáñame, chico.

—¿Adónde?

—A mi oficina.

—¿Para qué?

—Para contestar a unas cuantas preguntas.

El *sheriff* se encaró con los demás del grupo.

—Vosotros podéis iros a vuestras casas, pero mañana vendréis a firmar las declaraciones. ¿Entendido?

Un coro de afirmaciones acogió la pregunta y el *sheriff*, señalando la puerta, ordenó:

—Fuera de mi vista todos. ¡Andando!

El Pecas y los otros no se lo hicieron repetir dos veces y salieron pitando del *Drug*, mientras el *sheriff* y su ayudante se llevaban a Sean.

* * *

La sesión bacía terminado y el abogado que le había defendido en el juicio se encaró con Sean.

—Por esta vez has tenido suerte, muchacho.

—¿Suerte? —repitió Sean mirándole furioso—. ¿Llama usted suerte a que me envíen dos años a un correccional?

El abogado le miró con dureza.

—Pues sí, es suerte, porque no has de olvidar que a *Salvaje* Flint le mataste tú de una paliza.

Sean protestó gritando:

—¡Él se lo había buscado!

—Quizá, pero tú no eres quién para tomarte la justicia por tu mano y menos para matar a nadie a palos.

—Solo te aticé unos cuantos puñetazos.

—Bastaron y sobraron para que lo mandases al otro barrio.

—Que no le hubiese metido mano a Rosie delante de los demás ni se la hubiera llevado para ponerme cuernos.

El abogado se encogió de hombros.

—No puedes hablar de cuernos cuando la chica no está casada contigo y ni tan siquiera es tu prometida.

—¡Es mi chica!

—Ella ha jurado que solo salíais juntos, pero sin que hubiera nada serio entre vosotros.

—¡Ha mentido!

—Lo dijo bajo juramento.

—¡Pues mintió con juramento o sin él!

El abogado se mostró contemporizador.

—Para el caso da igual. Lo importante es que el juez admitió como aceptables tus razones y te han servido de atenuante. Y también que solo tuvieses dieciséis años recién cumplidos.

—De todos modos —añadió el abogado—, en lo sucesivo procura vigilar cómo usas los puños. Cuando se tiene tu pegada no

se tienen más que dos caminos: dedicarse al boxeo o...

—¿O qué?

—¡O meterse las manos en los bolsillos y contar hasta cien antes de sacarlas!

Sean soltó un juramento entre dientes y el abogado agregó:

—Procura no olvidarlo.

—Está bien. Lo tendré en cuenta. De todos modos —masculló con rabia—. Me han endilgado dos años para que lo piense.

—Natural. No iban a dejar que te fueses de rositas después de haberte cargado a un tipo a puñetazos. Y ahora procura no echar en saco roto esta lección y todo te irá mejor en adelante. Porque si no lo haces así... si repites tu hazaña...

Sean miró desafiante al abogado.

—¿Qué me pasaría?

El defensor volvió a encogerse de hombros.

—Sencillamente, que ya no tendrías dieciséis años y sí constarían tus antecedentes, lo que agravaría tu situación de comparecer de nuevo ante un tribunal. Te lo garantizo.

—Está bien. Lo tendré en cuenta...

—Eso ya me parece mejor.

Sean dejó escapar una risita burlona y concluyó:

—Otra vez no dejaré que los polis me echen el guante. Eso también se lo garantizo.

El abogado frunció el ceño, y empezó a decir:

—Lo que tienes que hacer es...

—¡Corte el rollo, tío! —atajó Sean violento—. Ni a mi viejo le consiento que me endilgue tantos sermones. Así que punto en boca y cada cual a lo suyo.

—De acuerdo —replicó el defensor volviéndole la espalda—. Yo a mi trabajo y tú... al correccional. ¡Para que aprendas!

El abogado recogió los papeles que tenía sobre la mesa y los guardó en su cartera. Puso esta bajo el brazo y le hizo seña a uno de los policías para que se hiciese cargo del muchacho, encaminándose él hacia la puerta. Una risotada le acompañó mientras abandonaba la sala y el hombre comprendió que Sean O'Brooke estaba todavía demasiado verde para aprovechar aquella lección.

Haría falta más tiempo.

Y también más golpes.

CAPÍTULO III

Sean salió de la ducha secándose con la toalla y se tumbó para dejar que Petrie, su cuidador, le diera un buen masaje. Estando boca abajo vio que Alf, su *sparring partner*, estaba apoyado de espaldas a la puerta, con el consabido palillo entre los dientes.

—¿Dónde está Burt? —preguntó.

El masajista apuntó hacia fuera.

—Ha ido a ver qué tal seguía Vince. Pero dijo que volvería enseguida.

—Antes oí que estaba muy mal...

Alf escupió al suelo despreciativamente.

—Lo dejaste *groggy*, muchacho.

Sean no hizo ningún comentario y frunció el ceño. Pensaba en el negro que, por lo que oyó decir, estaba a las puertas de la muerte. Quizá debía alegrarse de la victoria que acababa de alcanzar, la más importante de su carrera... hasta el momento. El título de campeón de los Estados Unidos ya era suyo. Prácticamente equivalía al de toda América porque al sudamericano que lo ostentaba ahora le sería fácil arrebatárselo. O al menos así lo creía él. Después de todo, esto era lo que él estuvo buscando y por lo que había trabajado tanto.

Después de su victoria sobre Vince el camino hacia la gloria y el dinero se abría ante él, sin apenas obstáculos.

Sin embargo... Sean no podía olvidar que un boxeador estaba muy cerca de allí, tal vez muriéndose... o quizás ya muerto.

Aquello empañaba la alegría del triunfo.

El masajista dio por terminado su trabajo y Sean se sentó. Ya no tenía vendadas las manos y se las quedó mirando entre rabioso y triste. Eran sus herramientas de trabajo...

¿De trabajo...? Sí, pero también eran armas mortales.

Podía sentirse orgulloso de su potencia. Y de hecho así había sucedido mientras avanzaba hacia el éxito. Presumía de la rapidez y fuerza de sus brazos, de las manos, de aquellos puños que se convertían en mazos demoledores.

Eran ya dos los hombres que habían muerto… ¡Dos!

¿Sería Lincoln Vince el tercero?

El irlandés se levantó y empezó a vestirse, sin dejar de mirar a la puerta, esperando el regreso de Burt.

El *manager* llegó cuando Sean terminaba ya de vestirse.

—¿Qué? —le preguntó apenas entró Burt en el camerino.

—La verdad… está hecho migas —replicó el *manager*, con un encogimiento de hombros—. Por lo visto tenía una lesión antigua y tú hiciste lo demás.

—Yo no lo sabía…

—Claro, ni tú ni ninguno de nosotros. Sus cuidadores y su *manager* debieron impedir que continuase la pelea. Pero esos condenados orgullosos no quisieron suspender y dejaron que llegase hasta el final. Y ahora…

Burt dejó la frase en suspenso. Pero el sentido de sus palabras estaba muy claro. Demasiado. Equivalía a una sentencia de muerte, inexorable y fatal.

Era el fin de Lincoln Vince, pero no solo ya como boxeador o como campeón, sino el final de su vida.

Y él, Sean O'Brooke, era el ejecutor.

Con aquel serían ya tres los hombres que había matado con sus puños. ¡Tres!

Sean habló sin mirar a la cara a su *manager*.

—¿En qué situación queda su gente?

—Bien… imagino Desde hacía casi dos años ostentaba el campeonato y había ganado un buen dinero.

—¿Sabes si estaba casado, si tenía hijos?

El *manager* hizo un gesto de ignorancia.

—Entérate —le pidió Sean.

—De acuerdo, muchacho.

—Si hay algo que yo pueda hacer…

—No te preocupes, Sean. Te lo diré.

Burt fue hacia la puerta.

—Ahora no te entretengas más. Lo de Vince ya no tiene remedio, así que vámonos. No conviene hacer esperar a gente tan importante como el señor Harrad y sus invitados.

Sean asintió con un gruñido.

Por su gusto, el irlandés no hubiese ido a aquella maldita fiesta,

pero comprendió que no podía desairar al acaudalado Wash Harrad. Se dejó llevar al *parking* y se derrumbó en el asiento trasero de su coche, al lado de Burt, en tanto que Alf y Petrie se acomodaban en la parte delantera.

El automóvil salió del *parking* y se mezcló con el tránsito enfilando hacia la zona sur de la ciudad, donde estaba el Flamingo. El lujoso local, propiedad de Wash Harrad, donde se había organizado una fiesta en honor del nuevo campeón, Sean O'Brooke.

Solo que, al mismo tiempo que se celebraba el triunfo del joven irlandés, las botellas de champán que se descorchasen constituirían una especie de macabro funeral por el destronado excampeón y posiblemente difunto Lincoln Vince.

Y, a pesar suyo, mientras su coche le llevaba al Flamingo, Sean no pudo por menos que recordar en qué circunstancias mató a puñetazos al segundo hombre: Fred Jong.

* * *

El furgón con los muchachos llegó al reformatorio poco antes del mediodía. En realidad, aquel correccional era un viejo edificio de cuatro plantas y un sótano, en el que había varios infectos calabozos. Los guardianes les llamaban a estos «celdas de reflexión», mientras que los muchachos los conocían por el nombre más significativo de «el agujero».

Los recién llegados pasaron por la inspección médica, las duchas y el vestuario, donde recibieron los uniformes grises que llevaban todos los internos. La tela era burda y rascaba la piel, pero había que resignarse y llevarla.

Sean pensó que hasta que no saliese de allí no volvería a vestir como una persona. Y, como no le quedaba otro remedio, se conformó a ser uno más. Fue, pues, con los otros, al comedor donde les dieron la bazofia que allí se llamaba comida.

—Seguro que los cerdos comen mejor —murmuró uno de los recién llegados.

—Y que lo digas —rezongó otro—. En mi casa esto hubiera ido a la basura.

—Toma, y en la mía —añadió un tercero.

Sean no dijo nada. Se limitó a engullir. No quería debilitarse

aunque para ello tuviera que mascar aquellas piltrafas de carne sebosa y mal oliente, o los tronchos de col y los pegotes de harina de maíz.

Cuando hubieron terminado con la comida, el sargento Wilbur, que tenía a su cargo las nuevas remesas de reclusos, se dirigió a ellos, diciéndoles:

—Vale más que os vayáis haciendo a la idea de que tenéis que pasar aquí una temporada. Que lo paséis mejor o peor dependerá de vosotros exclusivamente. Si colaboráis el tiempo pasará aprisa, si os mostráis rebeldes, si creáis complicaciones... —su tono de voz se tornó francamente amenazador—, desearéis no haber nacido. Pensadlo bien y elegid en consecuencia.

Dio media vuelta al tiempo que añadía:

—Y ahora seguidme. ¡En fila de a uno!

«Ayudados» por los empujones de dos guardianes, los recién llegados marcharon en pos del sargento Wilbur. Este se detuvo ante una puerta que daba acceso a una sala amplia que tenía dos ventanas enrejadas al fondo. Las paredes laterales se veían sucias y desconchadas. Adosadas a ellas se veían las correspondientes filas de literas, de tres plazas, con unos jergones mugrientos y agujeros por los que se escapaba la paja que los rellenaba.

El sargento Wilbur señaló a las literas.

—Dormiréis ahí. Podéis elegir los catres que más os gusten —rio como si acabara de hacer un chiste, añadiendo—: como veis somos muy complacientes.

Después, otra vez en tono agresivo, agregó:

—Estaréis en cuarentena una semana. Transcurrido ese plazo, si no habéis creado ningún problema, iréis con los demás. Saldréis al patio, trabajaréis en la granja y os será permitido ir a la sala de juegos, a la biblioteca y a ver la televisión.

Un silencio expectante acogió aquellas palabras. Wilbur se dio cuenta y rezongó:

—Si por el contrario os empeñáis en meteros en líos... lo tendréis. A los culpables se les mandará a las celdas de reflexión y a sus cómplices, a quienes no hayan avisado a los guardianes, se les doblará o triplicará el tiempo de permanencia en cuarentena. ¿Ha quedado todo claro?

Nadie le contestó. ¿Para qué si todo estaba clarísimo?

Wilbur se marchó y con él lo hicieron los guardianes, no sin que estos cerrasen antes la puerta de la «nevera».

Los recién llegados se repartieron entonces por la sala, eligiendo las literas.

Sean O'Brooke escogió el rincón opuesto a la puerta. Su litera estaba en la esquina, junto a una de las ventanas enrejadas, y eligió la superior porque desde allí podía verlo todo.

Tendido en su catre, pensativo, Sean vio cómo algunos de los otros peleaban entre ellos por las literas. A él ninguno se atrevió a discutirle su elección. Bastaba con echar una mirada a su poderosa musculatura para que al presunto adversario se le quitasen las ganas de disputar con él.

Por su parte, Sean no trató de mezclarse en las peleas de los otros. Eran asuntos ajenos, que no le iban ni le venían. Y así, sin que se produjera ningún contratiempo, pasó el tiempo de la cuarentena.

Todo cambió, sin embargo, cuando el grupo inició su vida «normal» en el correccional.

El primer problema se produjo al ser trasladados a los pabellones que ya estaban ocupados por los veteranos. Los sitios peores fueron para los novatos, con excepción de un par de estos, muy jóvenes, que enseguida fueron tomados bajo la «protección» de los dos caídes de la 3.ª sala, que siempre tenían reservadas las literas de debajo de las suyas para sus «favoritos».

Los caídes eran dos: Diego Barrios, un puertorriqueño con más conchas que un galápago, y Fred Jong, que tenía todo el aspecto y los hechos de un matón profesional.

Cada uno de ellos tomó bajo su «protección» a uno de los jovenzuelos recién llegados, que aquella misma noche supieron, por experiencia, lo que significaba su «protección».

Sean oyó desde su litera los gritos que daba uno de los chicos al intentar negarse a las pretensiones de Fred Jong. Aquello le revolvió las tripas y saltó de su catre para poner término a la cuestión. Fue hasta donde estaba el matón, tratando de imponerse al jovenzuelo, y le intimó:

—Deja al muchacho.

Jong se revolvió furioso contra él.

—¡Métete donde te llamen!

—Eso estoy haciendo. Él ha pedido ayuda… ¡y se la doy!

—¡Condenado entrometido! Yo te enseñaré…

La verdad es que Fred Jong no tenía talla para medirse con O'Brooke. Pero eso lo supo el matón demasiado tarde. Luego de haberse abalanzado contra el irlandés.

Sean recibió la acometida del caíd como si este fuera solo un *sparring*. Paró su primer golpe con el antebrazo y le metió al mismo tiempo la zurda por debajo, alcanzándole en la boca del estómago. Jong retrocedió mascullando denuestos, para volver a la carga con una serie de puñetazos dirigidos contra la cara del irlandés.

Impávido y tranquilo, igual que si estuviera entrenándose, Sean paró la mayoría de los golpes, encajando solo dos de ellos, que ni siquiera le hicieron tambalearse. El irlandés dejó que su adversario se cansara y confiase para atacar después con más tranquilidad.

Un directo en la mandíbula frenó el ímpetu de Jong. Le siguió un *crochet* con la zurda, varios *jabs* con la derecha, que dejaron al matón a merced de Sean. Este le atizó un fulminante *uppercut* y, mientras Jong vacilaba sobre sus rodillas, le disparó un cañonazo entre ceja y ceja que le derribó al suelo, sin conocimiento.

Sean se acercó a la litera y ayudó al jovenzuelo a buscar otra litera más alejada.

Nadie se atrevió a rechistar.

Ni siquiera Diego Barrios, el puertorriqueño, se opuso al que ya en la sala 3.ª se consideraba como un nuevo caíd. Solo se permitió acercarse a él para —señalando al caído Jong— advertirle:

—Ten cuidado con él. Es un mal bicho.

Sean le miró a los ojos.

—Los tipos como él no me preocupan. ¿Entiendes?

—Sí, claro. Y por mí… puedes hacer lo que te venga en gana. No seré yo quien te busque pelea, pero…

—¿Qué?

El puertorriqueño se encogió de hombros al responder.

—Fred cuenta con la «protección» del sargento Wilbur, y este es mucho peor que él, con la agravante de que después del director del reformatorio es quien mangonea aquí.

Sean emitió un gruñido.

—Gracias por el aviso, amigo. No lo olvidaré.

—Te conviene si no quieres dejar aquí el pellejo.

El puertorriqueño volvió a su litera sin ocuparse del caído Jong. Este tardó todavía varios minutos en volver en sí. Se incorporó penosamente y miró a su catre. Al ver que el muchachito no estaba allí, esperándole, recordó lo ocurrido y prorrumpió en maldiciones.

Jong se tocó la mandíbula, que le dolía una enormidad, como la frente. La nariz aún le goteaba sangre y tenía los labios partidos e inflamados.

El derrocado caíd miró con odio a la litera del fondo, que ocupaba el irlandés.

Sean se mantenía alerta y vigilante.

El matón no se atrevió a buscarle camorra nuevamente. Por propia experiencia sabía que O'Brooke era un tipo duro, con buenos puños, que sabía manejar a conciencia. Pero, en su fuero interno, decidió que aquello no quedaría así.

«Hablaré con Wilbur —pensó con rabia concentrada—. Él me ayudará a bajarle los humos a ese entrometido».

Y con esa idea se acostó en su catre, rumiando vengarse, sin sospechar las consecuencias fatales que eso podía tener para él.

* * *

El sargento Wilbur, situado al inicio de la escalera, llamaba a voces al guardián de los calabozos del sótano. Este, corpulento y malcarado, con oreja de coliflor, replicó con un par de gritos y acudió agitando el manojo de llaves para abrir la puerta enrejada que daba acceso a las celdas de castigo, al temido «agujero». Esposado, con las manos a la espalda, Sean fue empujado por el guardián que acompañaba a Wilbur y pasó al sector de los calabozos.

—Ha de estar incomunicado, Reag —informó el sargento al tipo de la oreja de coliflor.

—*Okay*, jefe. ¡No hablará ni consigo mismo!

—Y ten cuidado con él. Presume de tener agallas y arriba ha causado problemas. Es peligroso.

El guardián miró con ojos aviesos a O'Brooke.

—Yo le bajaré los humos, sargento. Disfrutaré convirtiéndole en un corderito.

Wilbur rio con ganas.

—De acuerdo, Reag. También yo te echaré una mano. Este chulo merece que se le aleccione. Y ahora… lo dejo en tus manos.

—No podía dejarlo en otras mejores —afirmó «oreja de coliflor».

Reag se volvió hacia el esposado O'Brooke y le propinó un empellón, que le envió corredor adelante, hacia el fondo del «agujero».

—Te dejaré en la mejor de nuestras «celdas de reflexión». Allí podrás pensar lo que más te conviene. Y para que empieces a meditar como es debido… ¡encaje esto como aperitivo!

Al tiempo que pronunciaba las últimas palabras, Reag asestó un fuerte porrazo en la nuca del irlandés, que se tambaleó para luego caer de bruces.

Riendo a carcajadas, el guardián le pateó a conciencia, en los flancos y en los riñones, aplastando luego con su bota la cara de O'Brooke contra el suelo.

—¿Qué? ¿Te gusta el tratamiento? —le preguntaba sádicamente, sin dejar de patear al muchacho—. ¡Pues esto no es más que el principio!

Sean tuvo ocasiones sobradas de comprobar que el tipo aquel le había dicho la verdad.

La paliza que recibió al entrar en el calabozo no fue más que el inicio de un castigo brutal y sistemático, del que fue objeto para doblegar su espíritu rebelde.

Al fin, después de permanecer casi dos meses en su «celda de reflexión», O'Brooke comprendió que manteniendo aquella actitud no saldría de allí entero.

El irlandés optó por fingir que se rendía.

Solo entonces le fue levantado el castigo a Sean, que pudo volver al pabellón con los demás.

Al entrar en la tercera sala, Sean vio que su litera estaba ocupada por otro muchacho, pero este, que por lo visto había sido advertido anteriormente, se apresuró a cederle el sitio. Y fue entonces, por boca del puertorriqueño Diego Barrios, cuando Sean se enteró de lo ocurrido mientras estuvo en la «celda de reflexión».

—Jong le hizo auténticas salvajadas al muchacho y este no pudo resistir. Se ahorcó.

—¿Y Wilbur?

Barrios se encogió de hombros despectivo.

—Ayudó a su amiguete. Después de quitarte a ti de en medio, Jong no tenía nada que temer.

—¿Y tú?

El puertorriqueño volvió a encogerse de hombros.

—Me quedan solo cinco meses de estar aquí. No quiero complicaciones. Además, lo del chico ese no era mi rollo.

Sean apretó los labios con rabia. Y mascullando entre dientes, amenazó:

—Los dos pagarán por eso. ¡Lo juro!

Aquella era una decisión grave, dadas las circunstancias, pero Sean O'Brooke cumplió su juramento.

¡Y de qué modo!

* * *

El irlandés había estado esperando a que llegara una nueva remesa de internos al correccional. Confiaba que entre ellos hubiese uno que se atrajera la atención de Jong.

Sean no se equivocó en sus suposiciones.

Uno de los novatos, llevado allí por haber herido a su padrastro, tenía el aspecto de una chica más que el de un muchacho.

Jong le tomó enseguida bajo su «protección». Y, naturalmente, el irlandés se plantó ante aquel para disputárselo.

En el correccional ese era un buen pretexto, que no podía extrañar a nadie.

Ni siquiera al sargento Wilbur, que fue testigo involuntario del desafío entre Jong y el irlandés.

—¡Deja en paz a ese chico!

La voz de Sean sonó como un trallazo, cuando Jong trató de llevarse al recién llegado a la litera vacía que estaba debajo de la suya.

El matón se volvió hacia él iracundo.

—¿Aún no escarmentaste...?

—Tú no hiciste nada, gallina. Solo chivarte. Pero yo sí te daré para el pelo.

Jong sintió un ramalazo de miedo y dirigió una mirada al sargento, pidiéndole protección, pero Wilbur empezaba ya a cansarse de ayudar a quién no sabía valerse por sí mismo y miraba

con nuevos ojos al desafiante O'Brooke, que le parecía mucho más interesante.

El irlandés captó aquella mirada y comprendió también lo que significaba el cambio de actitud por parte del sargento.

«Lo deja en la estacada —pensó satisfecho—. ¡Ahora es mi turno!».

Sean avanzó con los puños cerrados al encuentro del matón. Jong, sintiéndose poco menos que abandonado a su suerte, acorralado, se dispuso a defenderse. Pero, recordando lo sucedido en su primer encuentro con el irlandés, imaginó ya cuál sería el final de la pelea. Y no se equivocó más que en parte, porque supuso que saldría de ella mal parado. Solo maltrecho. Y sin embargo…

O'Brooke se lanzó contra su adversario, iniciando el ataque con una serie de uno-dos, que llevaron a Jong hacia el fondo de la sala tercera. Una vez le tuvo de espaldas a las enrejadas ventanas, el irlandés le machacó a cara a conciencia, mientras mascullaba palabras amenazantes.

—Por tu culpa se mató aquel muchacho… Juré que pagarías por eso… No te escaparás… ¡Acabaré contigo!

El irlandés siguió golpeando con saña a Jong, que apenas si podía parar alguno de los golpes que llovían sobre él, hasta que al final, un formidable *uppercut*, le arrojó de espaldas contra una de las literas.

Jong sintió el impacto en la base del cráneo, para ver luego que una mancha roja se extendía ante sus ojos, invadiéndole hasta el último resquicio del cerebro.

El matón dejó de sentir dolor cuando se deslizó hacia el suelo y quedó tendido. Exánime…

—Levántate, gallina —le gritó Sean, propinándole un puntapié en el bajo vientre.

Jong no acusó aquel golpe más que con un leve deslizamiento por el suelo.

El sargento Wilbur se fijó entonces en que la postura del caído era la de un muñeco desarticulado. Corrió hacia él y, mientras se inclinaba sobre él, le gritó al irlandés:

—¡Aparta! ¡Le has matado!

Sean retrocedió instintivamente.

Él había sido llevado al correccional por haber matado a

«Salvaje» Flint. Y ahora... Iba a tener otra víctima mortal en su debe. ¡Serían dos los muertos que pesarían sobre su conciencia!

Cierto que tanto «Salvaje» Flint como aquel maldito Jong merecían un final así, pero la sociedad no le permitiría aquella segunda muerte, por justa que fuese.

Wilbur había terminado ya de examinar el cuerpo yacente de Jong y se puso en pie, encarándose con el irlandés.

—Te lo has cargado... y tendrás que responder por esto.

—Yo no quería matarle —protestó Sean—. Usted mismo lo ha visto. Solo pretendía darle una paliza.

Wilbur se encogió de hombros.

—Eso lo dirán los jueces. Ahora... echa a andar. Vuelves a la «celda de reflexión». ¡Vamos, andando!

Y Sean O'Brooke, cabizbajo, fue conducido de nuevo a los calabozos del correccional, para ser encerrado en uno de ellos a la espera de comparecer de nuevo ante los jueces.

CAPÍTULO IV

Repantigado en el asiento del coche, sumido en sus recuerdos, Sean O'Brooke no conseguía apartar de su mente la imagen de Lincoln Vince pasando ante él en una camilla.

«¿Lo habré matado también...»?

Mentalmente, el joven campeón pedía fervorosamente que se salvara su último contrincante.

«¡Que no muera, Dios mío!... ¡No lo podría soportar!».

Aquel era su más ardiente deseo, pero... ¿se cumpliría? ¿No tendría un desenlace tan fatal como las dos veces anteriores?

El irlandés se removió inquieto en su asiento, mostrando en su ceño fruncido la enorme preocupación que le embargaba.

La voz de su *manager* le sacó de aquellas abstracciones.

—Ya hemos llegado, Sean.

El boxeador miró por la ventanilla del coche. Vio que estaban delante del «Flamingo», cuyo galonado portero acudía presuroso y servil para abrir la portezuela del automóvil.

Burt y el irlandés se apearon los primeros, dejando que los otros dos llevaran el coche al *parking*, para reunirse después con ellos dentro del lujoso local.

La presencia del nuevo campeón en la rutilante sala fue acogida por los invitados con una salva de aplausos.

Wash Harrad en persona se adelantó para tender la mano al irlandés y darle la bienvenida, felicitándole por su victoria y presentándole después a la mujer que se había acercado con él.

—Esta es Celeste Ashe, pero la verdad es que lo mismo puede mandar a uno al séptimo cielo que empujarlo al mismo infierno.

La aludida rio aquella presentación igual que si se tratara de un elogio.

—No hagas caso, campeón —dijo con su voz que sonaba ligeramente ronca y tremendamente sensual—. Wash dice eso para que no te fijes en mí. Sabe que soy una de tus más fanáticas admiradoras.

Harrad rio mientras palmeaba la espalda del irlandés.

—Precisamente por eso te he advertido sobre esta Celeste que puede ser Infernal. Luego no te llames a engaño. Y ahora ven —añadió cogiendo al boxeador del brazo—. Quiero presentarte a mis invitados. Todos, y sobre todo las mujeres, arden en deseos de conocerte.

O'Brooke se dejó llevar por el anfitrión, pero mientras este le presentaba a un sinfín de personas, cuyos nombres y caras no podría recordar una hora más tarde, él no dejaba de mirar, a hurtadillas, a aquella Celeste Ashe, de la que Harrad dijera merecía llamarse Infernal.

Era una mujer de esas que se definen como despampanantes. Y no porque su cabellera fuese de un platino casi deslumbrante, ni por la belleza de su rostro, cuya piel parecía porcelana. En ella destacaban los ojos, verdes y fulgurantes, que lo mismo podían mirar de modo aterciopelado que lanzar rayos mortíferos. Después estaban sus labios, rojos, húmedos, sensuales... prometedores de caricias alucinantes. Y los senos, turgentes y mórbidos, que se mostraban gracias a un escote profundo con el descaro o la impudicia de lo que se ofrece sin ninguna cortapisa. Pero aún había más... una silueta estilizada, de maniquí de alta costura, perfeccionada por la curvatura suave del vientre y unas caderas rotundas que presagiaban voluptuosidades inacabables, como las de una odalisca oriental.

Ella pareció darse cuenta de la observación de que era objeto por parte de O'Brooke, porque le dirigió una mirada prometedora y, pasándose la punta de la lengua por los labios, logró enervarle al máximo.

Sean aprovechó el final de las presentaciones para volver al lado de la infernal Celeste.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Ya te han soltado?

—Sí. Y contaba los minutos por estar a tu lado.

—¡Halagador!

—Es la verdad.

Ella le miró a los ojos al tiempo que apoyaba una mano en el musculoso brazo del boxeador.

—Me gustaría que eso fuese cierto...

—¡Lo es!

—¿Y no contarías más los minutos si pudieras estar a mi lado...

en otro sitio... los dos solos?

El irlandés tragó saliva.

—Daría cualquier cosa para que eso fuese cierto. Y no contaría los minutos, sino los segundos.

Celeste apretó con sus dedos el brazo del boxeador.

—¡Qué fuerte eres!... Me das un poco de miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Tus manos podrían destrozarme.

—También pueden volverse suaves.

Ella le miró a los ojos y susurró:

—Me gustaría comprobarlo.

—Y yo demostrártelo.

—¿De verdad?

—¡Lo juro!

Celeste se acercó más al boxeador, envolviéndole con la fragancia que se desprendía de su cuerpo turbador.

—Cuando termine la fiesta deshazte de tus acompañantes y ven a mi apartamento.

—No sé dónde está.

Ella se lo dijo al oído, preguntando después:

—¿Vendrás?

Sean respondió con un gesto afirmativo. Iba a decir algo más, pero en ese momento se le acercó Wash Harrad con dos copas de champaña en las manos.

—Vamos a brindar, campeón.

Sean recogió la copa que le ofrecía el millonario, el cual se volvió hacia sus invitados.

—Amigos... Ya tenemos nuevo campeón.

Una salva de aplausos acogió aquellas palabras. Harrad alzó una mano para reclamar silencio y añadió:

—Pero esto es solo el principio. Sean O'Brooke empieza ahora su carrera hacia el campeonato del mundo. ¡Brindemos por él! ¡Por nuestro campeón!

Wash había levantado su copa vaciándola después de un solo trago. Sus invitados le imitaron, y también Burt, pero el irlandés, antes de beber el champaña, miró a la rubia platino.

Ella parpadeó incitante. Volvió a pasar la lengua por los labios en gesto insinuante y prometedor. Después bebió el champaña al

mismo tiempo que lo hacía O'Brooke. Era como si ellos dos efectuaran otro brindis, uno que les incumbía a ambos y a nadie más.

Después, la fiesta continuó desbordante de alegría y corriendo el *whisky* y los licores como ríos, pero el hombre en cuyo honor se daba no tenía ojos más que para aquella infernal Celeste y contaba los minutos o los segundos que faltaban para estar con ella a solas, sin que nadie pudiera verles, ni molestarlos, ni interrumpirles Los dos completamente solos, en la más estricta intimidad. Acariciándose... Haciendo el amor.

Sean casi se consumió en la que se le antojó dilatada espesura y que se prolongó a lo largo de casi tres horas. Pero al fin consiguió marcharse del Flamingo, aunque escoltado por su *manager*, Alf y Petrie.

Al despedirse de él, Wash Harrad le pidió que pasara al día siguiente por su despacho.

—Le hice una oferta a Burt y tu *manager* cree que te interesa. Si estás de acuerdo solo tendrás que firmar el contrato. Ya está dispuesto.

—De acuerdo, señor Harrad. Si Burt cree que me conviene yo no voy a discutirlo.

—Estupendo. Entonces hasta mañana.

Sean estrechó la mano del promotor millonario y abandonó el Flamingo, tratando de encontrar la manera de dar esquinazo a Burt y los otros dos para reunirse con Celeste cuanto antes.

* * *

—Has tardado mucho en venir... —dijo Celeste con voz melosa, abrazándose al cuerpo del boxeador.

Él besó los labios que se ofrecían tentadores y luego, cuando se separaron las bocas, murmuró:

—Burt no me deja casi ni a sol ni a sombra. No se marchó hasta verme en pijama. Y si supiera que estoy aquí...

—Pero él no debe saberlo... ni tampoco Wash.

Sean la observó con recelo.

—¿Es tu... protector?

Ella asintió con un gesto.

—Sí, puedes llamarlo de ese modo. Y le gustan las exclusivas, ¿sabes?

—En la fiesta no me dio la impresión de que fuera un tipo celoso.

—Pues lo es… y peligroso.

Celeste se apretó más contra el cuerpo del boxeador.

—Pero eso no ha de preocuparte. Solo hay que tener un poco de cuidado. Además…

Ella retrocedió unos pasos para que él pudiera contemplarla en aquel salto de cama transparente, que permitía apreciar que estaba completamente desnuda.

—¿No crees que valgo la pena de que se corra por mí algún riesgo?

—Más que eso —afirmó Sean—. Por ti soy capaz de matar o de dejar que me maten.

Celeste volvió a abrazarse a él, susurrando:

—En lo primero estoy de acuerdo, pero no en lo otro. Yo te quiero vivo… para mí. Vivo para que me ames y hagas que disfrute, que los dos gocemos.

Sean cortó las palabras de la mujer para besarla en la boca y despojarla del salto de cama. Ella se apresuró a desnudarle al tiempo que le conducía hacia su dormitorio.

El abrazo que unía sus cuerpos ya desnudos no se rompió cuando los dos cayeron enlazados en la cama, para unirse en el rito más viejo del mundo.

Luego, durante más de media hora, en la alcoba de Celeste Ashe no se oyó más que el rumor de los besos y las caricias, o el gemir de los amantes.

* * *

El timbre del teléfono rompió el silencio.

Sean miró extrañado su reloj de pulsera y luego se volvió hacia la mujer, que permanecía tendida a su lado. Se la veía sonriente y feliz, aunque exhausta.

—Son las siete de la mañana —rezongó él—. ¿Quién puede llamarte a estas horas?

Celeste contestó irritada:

—¿Quién quieres que sea?… ¡El! ¡Wash Harrad! ¡Maldito sea!

La mujer estiró el brazo hacia el teléfono, que seguía sonando con machacona insistencia.

—Quédate callado —le recomendó a O'Brooke—. No nos interesa que él sospeche que no estoy sola. ¿De acuerdo?

El boxeador asintió con un gesto de cabeza, que apoyó después en los mórbidos senos de Celeste.

Ella descolgó el teléfono y habló con tono fingidamente somnoliento, como si acabara de despertar.

—*Aló!*… Soy Celeste. ¿Quién llama?

La voz de un hombre se dejó oír, pero Sean alcanzó a percibir como un leve murmullo que le resultó ininteligible. Sin embargo, por las rápidas y casi furtivas miradas que le dirigió la mujer, comprendió que su interlocutor debía estar refiriéndose a él.

Las palabras de Celeste confirmaron al irlandés sus suposiciones.

—¿No se lo dirás antes de que firme el contrato?

Wash Harrad debió responder con una negativa a aquella pregunta porque ella insistió.

—Creo que haces mal. El muchacho debería estar al corriente de lo sucedido. A fin de cuentas no sucede todos los días eso de cargarse a puñetazos a un tipo en un *ring*.

Sean se incorporó como si le hubiese picado un alacrán y miró a la mujer con ojos extraviados. Esta, previniendo que él tratara de hacerle alguna pregunta, se llevó un dedo a la boca y se apresuró a cortar su conversación telefónica.

—Está bien, Wash. No creo que tu campeón me llame, pero si lo hiciera no le diré ni pío. Y ahora, por favor, deja que siga durmiendo.

Aquello debió bastarle al millonario promotor, porque Celeste añadió melosa:

—Sí, Wash. Yo también te quiero. Y soñaré contigo. Te lo prometo.

Ella hizo chasquear la lengua, como si le enviase un beso por teléfono, y luego cortó la comunicación.

Sean se encaró con la mujer.

—¿Qué le ha sucedido a Lincoln Vince?… Estabais hablando de él, ¿verdad?

Celeste asintió con un gesto, pero rezongó:

—Me ha prohibido que te diga nada.

—¡Pero yo necesito saberlo! —casi gritó Sean exasperado—. Entendí que… que me lo había cargado.

Ella volvió a asentir con un ademán.

—¿Quiere decir eso que lo he matado? —preguntó O'Brooke.

Y, al ver que ella guardaba silencio, exclamó iracundo:

—¡Contesta! ¡Dime la verdad!

Sin darse cuenta, Sean había agarrado a la mujer por los hombros y la estaba zarandeando.

—¡Suelta, bruto! —exclamó Celeste—. ¡Me estás haciendo daño!

—¡Contéstame!

—Está bien… pero no le digas a Wash que lo has sabido por mí. ¿Me das tu palabra?

—Sí. ¡Te la doy! ¡Pero habla de una puñetera vez!

Ella tragó saliva y luego, evitando mirar a los ojos del boxeador, musitó:

—Lincoln Vince ha muerto hace solo un cuarto de hora.

—¡¡NO!!

Celeste giró la cara hacia él y le hizo un gesto afirmativo, que a O'Brooke le pareció una condena.

Un gemido, como el de un animal herido, brotó de la garganta del boxeador.

—Lo he matado… ¡Y con este van tres!

Ella se asustó al oírle, pero más aún al ver cuál era su reacción.

Sean se había puesto en pie de un salto y se estaba golpeando en la cara y en el pecho con idéntica saña que lo hiciera en el *ring* con su adversario.

El boxeador profería palabras entrecortadas, apenas comprensibles, entremezcladas con insultos y blasfemias.

Celeste se había incorporado en la cama, asustada, pero al mismo tiempo atraída por la violencia que se desbordaba de aquel hombre. El boxeador le parecía ahora un auténtico gigante, un Hércules poderoso…

La mujer se levantó a su vez y se abrazó a Sean.

—No te pegues más. Lo hecho ya no tiene remedio.

Él parecía no oírla. Celeste insistió en tratar de tranquilizarle con sus palabras, al tiempo que le acariciaba felina y lúbricamente.

Sean se dejó arrastrar por la mujer al lecho donde antes hicieran

el amor. Ella le cubrió con su cuerpo, frotándose contra su piel para excitarle, para que la poseyese con aquella violencia que poco antes se había desatado ante sus ojos.

Los sentidos de O'Brooke reaccionaron a las sabias incitaciones de la mujer, quizá por lo mismo que él deseaba olvidar que acababa de causar la muerte de un hombre con sus puños.

Y en la habitación volvieron a oírse los murmullos de las caricias y los gemidos de placer, hasta que Celeste Ashe, dejó escapar un grito que delataba había llegado al clímax de su goce.

Después, viendo que Sean parecía atormentado, fue al cuarto de baño y del botiquín extrajo una jeringuilla hipodérmica, que cargó con una ampolla de morfina.

—Necesitas descansar, cariño —susurró.

La aguja se clavó en la recia musculatura del boxeador y el líquido entró en su cuerpo, mezclándose en su sangre, para invadirlo todo y llegar hasta el cerebro de O'Brooke.

La morfina provocó en Sean una forzada lasitud que le hizo cerrar los ojos.

Celeste le contemplaba admirada, relamiéndose como una gata ahíta. Relajados sus sentidos.

—Duerme, amor —musitó acariciando el poderoso torso del boxeador—. Duerme que yo velaré por ti. Estaré a tu lado y me encontrarás siempre que me necesites.

Ella se inclinó para besar los labios de Sean, que se movieron susurrando unos nombres, para ella desconocidos.

—Tres… «Salvaje» Flint, Fred Jong… y ahora Lincoln Vince… Han sido tres.

La droga había producido su efecto y Sean estaba dormido, pero el sueño así provocado no era sino una horrible pesadilla, que le hacía gemir y sudar de angustia.

Celeste observó que el cuerpo del hombre se agitaba en convulsiones espasmódicas.

—Todavía necesitas más… —murmuró.

Volvió al cuarto de baño en busca de otra ampolla de morfina y nuevamente le inyectó la droga, consiguiendo, ahora sí, que el sueño de Sean fuese plácido y tranquilo.

En realidad, aquel fue un sueño embrutecedor.

El sueño de quien ha sido drogado y ha perdido la conciencia de

la realidad.

Un sueño artificial que ponía al futuro campeón en el camino más peligroso que se abre ante cualquier ser humano: el de la drogadicción.

CAPÍTULO V

Wash Harrad se retrepó en su silla giratoria de alto respaldo. Aquella era una silla de ejecutivo. De esas que hacen soñar a los empleadillos ambiciosos y que consideran «haber llegado» cuanto pueden colocar sus posaderas en un siento de tal categoría. Era casi como una investidura.

A Wash no le gustaba la silla de alto respaldo. Le parecía incongruente con él, con su personalidad. Él se sentía mucho más a gusto en el taburete de un bar, acodado en el mostrador, que en su despacho, donde todo olía a respetabilidad.

Claro está que la respetabilidad en cuestión era falsa, más que un cangrejo de río disfrazado de langosta, pero Wash lo soportaba pensando en que aquel era el sitio idóneo para firmar contratos.

Y eso era lo que se disponía a hacer.

Sean O'Brooke había estampado ya su firma al pie del documento, por triplicado, que le ligaba a la promotora de Harrad. Ahora solo tenía que firmar él. Sin embargo, antes de hacerlo, como si un presentimiento le advirtiese de que estaba a punto de hacer un mal negocio, Wash Harrad miró detenidamente al boxeador.

El campeón tenía las pupilas dilatadas. Sus labios se veían blancos, casi exangües. Y la mano derecha, con la que había firmado, tenía una sospechosa agitación.

«No parece sino que este tipo acaba de regresar de un viaje —pensó para sí el millonario promotor—. ¿Será capaz de drogarse?... Pero no, no puede ser —se respondió a sí mismo—. El *dopping* está prohibido en el deporte y muy vigilado... Será que me estoy haciendo viejo y los dedos se me hacen huéspedes».

Wash Harrad dejó de vacilar y estampó a su vez la firma al pie del documento por triplicado. Luego se puso en pie y ofreció la diestra al boxeador.

—Bien, amigo O'Brooke. Ahora solo tienes que hacer una cosa: entrenarte para seguir adelante y convertirte en el campeón del mundo. Confío que antes de un año lo serás.

—Gracias, señor Harrad —replicó Sean con tono apagado—.

Espero que no le defraudaré.

—Estoy seguro de ello, muchacho. De no ser así no te habría ofrecido este contrato.

Harrad estrechó también la mano del *manager* del irlandés y les acompañó a ambos hasta la puerta. Después, la cerró a sus espaldas y volvió a instalarse en el sillón de alto respaldo, encendiendo un puro que empezó a fumar con voluptuosidad.

* * *

Al salir del despacho de Harrad, el *manager* sujetó el brazo de Sean y le espetó a boca de jarro:

—¿Qué te pasa esta mañana, Sean?

—¿A mí?... Nada.

—No me vengas con historias. Te conozco más que si te hubiese parido y sé que no estás en tu estado normal.

Burt entrecerró los ojos y, con un susurro, preguntó:

—¿Sabes lo de Lincoln Vince?

El irlandés dudó un instante, pero luego asintió con un gesto, y murmuró:

—Sí. Lo sé.

—¿Hace mucho?

Sean se encogió de hombros, como si aquello careciese de importancia.

—Qué más da eso. Lo sé y basta.

El *manager* le miró con ojos inquisitivos, como si tratara de sondear hasta el menor de sus pensamientos.

—Tal vez tengas razón, pero... hay algo que no me gusta. Esta noche no dormiste en el hotel.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque al enterarme de la muerte de Vince fui a tu habitación y no estabas.

Burt hizo una pausa. Luego preguntó:

—¿Dónde pasaste la noche... y con quién?

El boxeador hizo un gesto ambiguo.

—Ese es un asunto mío. No te incumbe.

—¿Seguro?

—Forma parte de mi vida privada. Y también tengo derecho a

ella. ¿O no?

—Sí, claro. Tienes ese derecho… siempre y cuando no interfiera en tu carrera pugilística.

—No interfiere.

—Sin embargo, yo quisiera…

—¡Me importa un bledo lo que quieras! —estalló Sean—. Ya está bien de sermones. Te portas como si en vez de mi *manager* fueras mi nodriza. ¡Empiezas a hartarme!

Burt miró sorprendido al boxeador y sus recelos se acrecentaron. Él no le había hablado nunca así. Siempre confió en lo que hacía y decía, porque sabía que solo deseaba lo mejor para él… o para los dos. Allí había algo inusitado y Burt se dijo que necesitaba saberlo para evitar males mayores.

Los dos habían quedado, callados después del exabrupto de O'Brooke. Este miró de reojo a su *manager* y, viendo que estaba muy serio, trató de rectificar.

—Perdona —le dijo—. Me dejé llevar por los nervios.

—¿Y por qué tiene tantos nervios?

—Hombre… tú mismo… No sucede todos los días eso de que uno mate a un boxeador en el *ring*.

—Sí, en eso tienes razón.

Sean suspiró aliviado, pensando que ya había conseguido se esfumaran las sospechas del *manager*. Sin embargo, este no dio aún su brazo a torcer y volvió a lo de antes.

—Sigue preocupándome cómo pudiste saber lo de la muerte de Lincoln. Los periódicos de la mañana no lo han publicado aún. Y solo gente estrechamente ligada a nuestro mundo, que estuviera en contacto con la gente de Vince podía saberlo.

Los ojos recelosos de Burt volvieron a fijarse en el irlandés, que no pudo sostener el peso de aquella mirada inquisitiva y bajó la vista al suelo, al tiempo que, instintivamente apretaba el paso.

—Por mucho que insistas no te lo diré —rezongó Sean—. Si te lo dijera sabrías con quién había pasado la noche.

Una chispa centelleó en las pupilas del *manager*.

—¡Ahora caigo! —exclamó.

—¿De veras? —inquirió O'Brooke, tratando de hacer como si tomase a broma aquellas palabras.

—Sí. Creo saber ya con quien estuviste esta noche.

—Bien, dímelo. Tal vez me proporciones un plan. A lo mejor es alguien que aún no me he ligado y…

Burt le atajó bruscamente.

—No trates de hacerte el gracioso conmigo, Sean.

—Eso no lo he intentado nunca.

—Hasta ahora —le rectificó Burt.

Con el ceño fruncido, el *manager* se explicó:

—Cuando hablé por teléfono con Wash Harrad, para anunciarle que íbamos a salir del hotel para ir a su despacho a firmar el contrato, él me pidió que no te dijese nada sobre la muerte de Vince.

—Y lo hiciste.

—También me dijo —añadió Burt sin hacer caso de su interrupción—, que él había advertido a su chica para que no te dijera nada en el caso de que la telefoneases.

—Bien. ¿Y qué?

—Pues que ahora está muy claro.

—¿Sí?… ¿No veo en qué te basas?

Burt rio sarcástico.

—Es simple cuestión de lógica. Y si no lo crees fíjate en lo que voy a decirte.

El *manager* alzó la mano derecha y con la zurda fue marcando en los dedos de aquella los puntos que señalaba al hablar.

—Primero, la chica de Wash Harrad te puso cerco anoche y tú te dejaste querer.

—No hay nada de malo en eso. Es una tía imponente.

—Segundo —dijo Burt sin hacer caso de la interrupción—, después de haberte dejado en el hotel, en pijama, te vestiste y saliste en busca de una fulana.

Sean se mordió el labio inferior, pero sin atreverse ya a interrumpir los razonamientos del *manager*. Y este continuó:

—Tercero, te fuiste a la cama con la chica de Harrad.

—Eso no puedes demostrarlo…

—Ni lo necesito ni pienso hacerlo porque no tengo ganas de complicaciones con un promotor como él. Pero sé que estuviste con ella porque Harrad la telefoneó antes de las ocho para decirle lo de Vince y pedirle que si la llamabas no te dijera nada.

—¿Y qué?

—Sencillamente, que tú estabas a su lado cuando llamó Harrad y por eso te enteraste de que Vince había muerto. Esa es la explicación.

—¡Desvarías!

—No. Tú sabes bien que he dado en el clavo. Pero reconozco que haces bien guardando la cosa en secreto. Pero sería mejor que te apartases de esa muñeca, que solo puede causarte líos.

—¿Líos? —repitió Sean.

—Sí. Solo haría falta que Harrad se enterase y… ¡adiós tu campeonato del mundo!

O'Brooke habló con voz trémula.

—Tú no dirás nada… ¿verdad?

—No. Por la cuenta que nos tiene a los dos.

—Gracias.

Burt insistió entonces.

—Pero fue así, como yo he dicho, ¿no es cierto?

El irlandés hizo un gesto de asentimiento.

—Bien —murmuró el *manager*—. Ahora solo falta que rompas con esa rubiales y no continúes buscándote líos.

O'Brooke le miró a la cara.

—¿Y si no pudiese?

—¿Qué quieres decir?

—Que puedo haberme enamorado de ella.

Burt quedó casi patidifuso.

—¡No es posible!

Sean se encogió de hombros al responder.

—Qué quieres que te diga. Cuando la vi anoche en la fiesta me causó una impresión tremenda. Como no me había sucedido nunca con ninguna otra mujer. Por eso os di esquinazo en cuanto pude y me fui a la cama con ella.

—¡Mujeres como ella las hay a cientos! —protestó Burt.

El irlandés movió la cabeza negativamente.

—Estás en un error. Como ella no hay ninguna.

—¡Tú estás loco!

—Sí. Por ella. Por Celeste.

—Harrad te advirtió que puede empujarte al mismísimo infierno. Y eso es lo que hará si continúas.

—No me importa. A su lado he pasado las mejores horas de mi

vida. Y luego…

Sean hizo una pausa, añadiendo después:

—Cuando supe lo de Vince creí enloquecer, pero ella intervino y me tranquilizó.

—¿Haciendo el amor? —preguntó sarcástico el *manager*.

O'Brooke asintió con un gesto de cabeza, aunque se guardó muy mucho de añadir de qué otro medio se había valido Celeste para borrar de su mente toda preocupación.

Burt le miró irritado y exclamó:

—¡Estás más loco de lo que imaginaba!

El irlandés se encogió de hombros, sin responder, como si aceptara con fatalismo la situación.

Burt quedó pensativo unos instantes. Luego abandonó su actitud agresiva de antes, y rezongó:

—Siendo como dices habrá que extremar las precauciones para que Harrad no os sorprenda.

—Gracias, Burt. No esperaba menos de ti.

—¡Maldita sea! ¿Y qué quieres que haga…? Estoy subido en tu carro y tengo que seguir contigo hasta el final.

O'Brooke sonrió.

—Me alegro de que pienses así. Eso facilitará mucho las cosas para todos.

—Para todos… sí. Para la rubia esa y para ti, pero dudo que facilite las mías y las de Harrad. ¡Y ojalá no llegue este a enterarse de la tostada!

El *manager* masculló una serie de denuestos, para acabar empujando a O'Brooke hacia el *parking*, donde habían dejado su coche.

—Lo que ahora tenemos que hacer —dijo enfurruñado—, es reanudar los entrenamientos. Y procura que esa rubia no te convierta en un alfeñique. Han fracasado más boxeadores por culpa de las mujeres que por los puñetazos encajados en el *ring*.

Sean sonrió complacido.

—No te preocupes por eso. Hacer el amor es también un ejercicio físico que puedes añadir a mis entrenamientos. Verás lo bien que me sienta.

Y, soltando una carcajada, que hizo se estremeciera su corpachón, el púgil entró en el coche, dejando que su *manager* le

condujese al hotel, desde donde pensaba telefonear a Celeste para confirmarle a esta la hora de su próximo encuentro.

CAPÍTULO VI

Cuando Alf terminó de ponerse los guantes miró a O'Brooke. El irlandés había dicho que estaba un poco resfriado, para justificar que tenía los ojos enrojecidos y se movía algo torpón. En realidad, parecía otro, más envejecido, amorfo...

«Yo no sé si será el resfriado —pensó Alf—, pero desde luego no está en forma».

Alf vio cómo el irlandés miraba al gran reloj de la sala de entrenamiento, como si quisiera asegurarse de que no boxearía más de dos minutos sin descansar.

«Me estoy oliendo que a poco que pueda cortará el tiempo —se dijo Alf—. Y esto es extraño en él. Antes le parecía poco el tiempo que pasaba en el *ring*. ¿Qué le pasará de verdad?».

El *sparring* de O'Brooke avanzó hacia el centro del cuadrilátero y anunció:

—Cuando quieras empezamos, Sean.

—Ahora mismo —respondió el irlandés.

O'Brooke se puso inmediatamente en guardia, invitando a que Alf le atacase. Este lo hizo con rapidez. Era vigoroso y boxeaba al viejo estilo, al más convencional. Pero era un buen *sparring* y conocía a la perfección su oficio.

Los puños de Alf alcanzaron en varias ocasiones la cabeza del irlandés. Antes de que hubiese transcurrido un minuto, Sean se puso a boquear, jadeante.

Alf bajó la guardia y preguntó:

—¿Qué te pasa, Sean? ¿Te encuentras mal?

—Es el resfriado... pero no te preocupes. Continuemos.

El *sparring* vaciló, pero, ante el gesto de Sean, volvió a ponerse en guardia y le atacó.

O'Brooke consiguió parar varios de los directos de su *sparring*, pero no pudo evitar que este le alcanzase un par de veces.

—¡Un minuto! —anunció Petrie.

El jadeo de Sean era ya audible claramente.

Alf miró con preocupación al rincón donde estaba el *manager*,

como preguntándole qué debía hacer. Burt se encogió de hombros y gritó:

—Adelante. Esto es solo un entrenamiento.

Alf se dijo que eso era cierto, pero no por ello dejó de reconocer lo bajó de forma que estaba el irlandés.

O'Brooke trató de refugiarse en el *clinch*, a fin de ocultar la cara bajo el mentón de Alf, mientras en aquel cuerpo a cuerpo intentaba golpear el estómago de este, lográndolo, sí, pero sin fuerza ni entusiasmo.

De pronto, cansado de aquel juego absurdo, Alf dio un salto atrás y disparó un formidable *uppercut* con su derecha contra la cara del irlandés. O'Brooke encajó el golpe pero retrocedió tambaleándose. Luego sus brazos se bajaron instintivamente, como si le pesaran demasiado para mantenerlos alzados.

«Se está portando como un auténtico paquete —pensó Alf, viendo que el irlandés no podía ni siquiera mantener la guardia alta frente a él—. Si peleara de ese modo en un *ring*, en un combate de verdad, el más flojo de los aficionados podría hacerlo papilla».

Por su cuenta y riesgo, Alf dio media vuelta y fue hacia el rincón donde estaba el *manager*.

—¿Qué haces? —le gritó O'Brooke—. ¿Por qué te retiras si no han pasado aún los dos minutos?

Sin molestarse en girar la cara, Alf respondió:

—Ya basta por hoy, Sean.

—¿Por qué? —insistió el irlandés—. ¿Es que te has cansado tan pronto?

Alf se volvió de cara a él y replicó:

—Yo no me canso boxeando dos minutos, ni cinco, ni diez. Eres tú quien está bajo de forma.

—¡Estoy perfectamente! —gritó Sean, irritado—. Vuelve y te lo demostraré.

El *sparring* hizo un gesto de rechazo con la zurda.

—Eso cuéntaselo a tu abuela. No te tienes sobre los pies y al primer tortazo que te dé de lleno caerías a la lona para dormirte como un angelito. Anda y duerme, que buena falta te hace.

El irlandés se disponía a replicar acerbamente, pero su *manager* terció para decir:

—Alf tiene razón. Hoy no estás en forma. Ve a la ducha y luego

iremos al hotel. Necesitas unas horas de descanso.

—¡Idos los dos al diablo! —vociferó O'Brooke—. Me daré esa ducha, sí, pero al hotel iréis vosotros. Yo me voy a dar un paseo por ahí. Eso me despejará.

Y, soltando un exabrupto, el irlandés se retiró hacia los vestuarios, seguido de las miradas de los otros dos.

—¿Qué le pasa esta mañana? —preguntó Alf mirando al *manager* —. No parece en sus cabales.

—¡Y yo qué sé lo que le sucede a ese imbécil!

—No se porta del modo habitual.

—Claro que no. Lo hace como el más redomado de los idiotas. Y lo peor es que si esto trasciende...

Alf frunció el entrecejo.

—¿No es para la semana próxima que está anunciado su combate con Brad Klinger?

—Sí, para dentro de seis días exactamente.

El *sparring* movió la cabeza con aire preocupado.

—Por lo que sé de él no es un contrincante fácil. Dicen que tiene una zurda muy peligrosa y que es un fajador de los de aúpa. Puede poner en apuros a Sean.

—¿En apuros? —repitió el *manager* con tono mordaz—. Si encuentra en el *ring* al O'Brooke que acabo de ver en el primer asalto, el negro puede liquidarlo.

—¡Hombre, tampoco es para tanto!

—¿Qué no...? Déjate de pamplinas, Alf. Lo que has tenido delante de ti hace unos minutos era una copia pálida de lo que puede ser un boxeador profesional. Cuando más un campeón.

Se produjo un silencio, que interrumpió Alf para preguntar:

—¿A cómo están las apuestas?

—Anoche estaban siete a uno, a favor de Sean, pero si viniese alguien a verle entrenarse... te garantizo que darían un salto y se pondrían por lo menos a la par. Eso si no pasaban a estar en contra de Sean. Y lo peor no es eso.

—¿Hay más?

—Sí. Como Harrad se barrunte algo de lo que está pasando puede cancelar nuestro contrato y entonces... ¡adiós al irlandés!

—¿Y qué podemos hacer?

Burt hizo un gesto de descorazonamiento.

—Nosotros... ¡nada!
—¿Hay alguien que pueda hacerlo?
El *manager* miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie podía escucharle. Luego, bajando la voz, en tono confidencial, le dijo a Alf:
—Júrame que no dirás nada de lo que te cuente.
—Seré una tumba. ¡Lo juro!
Burt le susurró:
—Nuestro hombre se ha liado con Celeste Ashe.
—¿Con la chica de Harrad...? ¡No!
—Sí, hijo. Con ella.
—Pues si Harrad se entera... ¡lo hará trizas! Ese tipo no se anda con chiquitas.
—Claro que no. Y además ella es la culpable de que Sean esté desfondado.
—¿Tú crees?
—¡Naturalmente! —afirmó Burt—. Hace días le advertí a Sean de que la dejase en paz, por lo menos hasta que pasara el combate con Klinger, ¡pero no me hizo ni puñetero caso!
Y, con tono desesperanzado, concluyó:
—Ahora tú mismo has podido apreciar las consecuencias. Nuestro campeón no puede ni parar tus golpes. ¿Cómo diablos rechazará los del negro?
Alf se mordió el labio inferior, pero no respondió palabra. El *manager*, creciéndose, continuó:
—Ese imbécil me dijo que hacer el amor podía considerarse un ejercicio físico, y que lo contara entre sus entrenamientos.
—¿Y tú le has dejado?
—¡Una leche! —replicó exacerbado Burt—. Pero no hay manera de conseguir que ese cabezota razone. Porque si fuera solo lo de hacer el amor...
—¿Quieres decir que hay más?
—¡Pues claro! ¿O es que no tienes ojos en la cara?
Y, ante el asombro del *sparring*, Burt añadió:
—Sean viene al entrenamiento hecho puré. Sin fuerzas casi para sostener los brazos levantados y menos aún para soltar un directo. Sus golpes le parecerán caricias al negro. Eso si llega a recibir alguno. Y luego está su comportamiento...

Alf miró interrogativo al *manager*.

—¿Te has fijado en cómo cambia en cuestión de pocos minutos…? Se le ve apagado, nervioso, irritable. Y de pronto se vuelve locuaz, fanfarrón, agresivo… Pero entre un momento y el otro ha habido un intervalo durante el cual ha estado en el camerino… completamente solo.

El *sparring* palideció al comprender el alcance de aquellas palabras. Tragó saliva y mirando con espanto a Burt preguntó:

—Piensas… insinúas que… se está drogando.

El *manager* asintió con un gesto.

—¡Eso es imposible! —protestó Alf.

—¿Tú crees…? Entonces, dame otra explicación.

Alf se mordió el labio inferior. Pero guardó silencio. Las palabras del *manager* habían hecho mella en él. Pensó entonces en lo extraño del comportamiento de O'Brooke y, aun no queriendo admitirlo, tuvo que rendirse a la evidencia.

El *sparring* quedó callado unos instantes. Luego, reaccionando, se encaró con Burt.

—Tenemos que hacer algo. No podemos dejar que él mismo se cave su fosa.

—Claro que no podemos, pero… ¿cómo hacerle entrar en razón? ¡Ese es el problema!

Los dos volvieron a callar.

Por mucho que lo pensaban no daban con la solución.

* * *

Apenas hubo entrado Sean en el apartamento oyó la voz de ella que le llamaba.

—Ven, *darling*. Estoy en la alcoba, esperándote.

Él masculló algo ininteligible y, en vez de ir al dormitorio, pasó por la salita para servirse una generosa ración de *whisky*.

Celeste volvió a llamarle.

—¿Qué haces que no vienes?

Sean bebió un trago y pasó a la alcoba con el vaso en la mano. La vio a ella, tendida en la cama, completamente desnuda, ofreciéndose incitante.

—Lo siento… —rezongó—. No… no me siento con muchas

fuerzas.

Ella se incorporó sobre un codo y le miró irritada.

—Prefieres entrenarte con ese mostrenco de Alf en vez de hacer el amor conmigo. Seguro que te has pásalo de rosca esta mañana y has estado más tiempo del debido.

Sean movió la cabeza, negativamente.

—Ni siquiera he podido aguantar los dos minutos.

—¿Cómo?

—Tal y como lo oyes. Alf pudo haberme vapuleado sin que yo pudiese parar sus golpes. ¡Estoy desfondado!

Celeste frunció el ceño, preocupada, pero reaccionó enseguida y se levantó de la cama.

—Te daré una dosis para que te remontes.

El irlandés estuvo a punto de negarse, pero ya ella había entrado en el cuarto de baño. La dejó hacer y se desnudó para esperarla tumbado. Celeste volvió a los pocos minutos con la aguja hipodérmica en la mano y una sonrisa en los labios.

—Esto te pondrá de nuevo en forma.

Y, mientras le inyectaba, añadió:

—Verás qué bien lo pasamos.

Él sonrió beáticamente al sentir el pinchazo y como el líquido penetraba en su cuerpo.

Sí, aquello le devolvería las fuerzas. Era justo lo que estaba necesitando.

Celeste dejó a un lado la aguja hipodérmica, encima de la mesilla de noche, y se arrimó a él, acariciándole felina y voluptuosa como una gata encelada. Ronroneaba palabras cariñosas y le besaba con mimo, a sabiendas de que no tardaría en excitarle y él volvería a ser el amante impetuoso y fogoso que tanto adoraba.

O'Brooke no la defraudó. Aunque quizás estaría mejor decir que fue la droga la que hizo su efecto.

El abrazo del irlandés fue apremiante y compulsivo. Su boca la mordió voraz y apasionadamente. Con hambre...

Después, cuando las oleadas de placer que les habían sumergido dejaron paso a la calma extenuante, ella susurró:

—¿Lo ves, *darling*? Conmigo siempre encuentras lo que necesitas... No puedes pasar ya sin tu Celeste.

Sean gruñó algo que podía tomarse como una afirmación, pero

que encerraba al mismo tiempo un temor indefinido.

—Si al menos te tuviera cerca cuando estoy en el *ring*...

Ella no entendió bien lo que él quería decir con eso.

—¿Serias capaz de hacer el amor conmigo a la vista de miles de espectadores...? ¡Menudo espectáculo!

Celeste soltó una carcajada al imaginar la escena.

El irlandés movió la cabeza negativamente.

—No pensaba en eso...

—¿En qué, entonces?

—En que cuando estuviese peleando pudieras darme eso... —y él señaló a la aguja hipodérmica.

La mujer frunció el ceño.

—¡Estás loco! —exclamó—. Nadie puede inyectarse a la vista del público.

Sean curvó los labios en un rictus amargo.

—Ni a la vista ni a escondidas. Si los jueces sospechasen que un púgil se drogaba lo descalificarían al instante. El *dopping* está prohibido y muy castigado.

—Entonces no pienses más en ello.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Tienes razón. Mejor es no pensar en eso. Sería fatal para mi carrera si descubrieran que me drogaba.

Y, para olvidar mejor, se abrazó a ella con la misma ansiedad con que lo haría un náufrago, que en pleno océano acabase de encontrar un pecio al que poder asirse.

Pero... ¿podía considerar a Celeste Ashe como a una verdadera tabla de salvación? ¿No sería más exacto pensar en ella como en la causante de su derrumbamiento físico y profesional?

Sean no se atrevía a responder a las preguntas que él mismo se formulaba. Quizá porque, de antemano, sabía ya cuál era la respuesta. La triste verdad.

Harrad le había dicho la verdad respecto a Celeste. Podía elevar a un hombre hasta el séptimo cielo, pero también era capaz de hundirle hasta el mismísimo infierno.

Y eso era, precisamente, lo que Celeste estaba haciendo con él: precipitarlo al más profundo de los abismos.

CAPÍTULO VII

Se estaba celebrando un combate preliminar en el «Sporting» cuando Wash Harrad y Celeste bajaron hacia el *ring*. Un acomodador se apresuró a salir al encuentro de la pareja, sonriendo obsequioso al famoso millonario y promotor.

—¿Segunda fila de *ringside*, señor Harrad? —preguntó.

—Sí, Thomas —dijo Wash reconociéndole—, igual que siempre. Me gusta estar cerca y más cuando pelea uno de mis muchachos.

—El irlandés es favorito en las apuestas...

—Claro. Es mi protegido. ¿No?

El acomodador sonrió servil y señaló dos de los asientos reservados para los personajes importantes como Harrad. Luego extendió la mano para recoger la propina, que se apresuró a guardar en el bolsillo, diciendo a continuación:

—Si le apetece algo... a usted o a la señora, no tiene más que hacerme una seña. Vendré al instante.

—Gracias, Thomas.

Harrad y Celeste ocuparon sus asientos y el acomodador se alejó para atender a los espectadores que todavía seguían llegando al «Sporting».

Celeste miró distraídamente a los dos púgiles que estaban en el *ring*. Eran de los pesos ligeros y más que boxear parecía que bailasen.

—No me gustan esos combates —murmuró al oído de Harrad.

—Claro, muñeca. A ti te gusta ver cómo pelean los welter y los pesos pesados. Hay más emoción y los golpes son más duros. Y también más sangre, ¿verdad?

Ella hizo un mohín de disgusto, pero en su fuero interno reconoció que Wash estaba en lo cierto.

Celeste continuó mirando al *ring* sin demasiado interés. Ambos púgiles se dirigían algunos golpes, pero los esquivaban con facilidad y continuaban bailoteando.

El público también se mostraba apático, a la espera de los dos combates de fondo, pero sobre todo aguardando el encuentro del

campeón irlandés y Brand Klinger, al que apoyaba toda la comunidad negra de la ciudad.

El primer combate terminó sin pena ni gloria, con un ganador por puntos, al que solo aplaudieron algunos amigos de su barrio.

En el segundo combate, uno de los boxeadores recibió un duro castigo por parte de su contrincante. Al finalizar el primer asalto tenía ya una ceja partida y le sangraba la nariz. Le salvó el *gong* de la cuenta del árbitro, pero en el segundo asalto ya apenas si podía tenerse en pie. Su contrario le estaba machacando sin que él acertase a parar ninguno de sus golpes demoledores.

El *manager* arrojó la toalla al *ring* y el combate se dio por terminado, saliendo el vencido tambaleándose hasta el punto de que, incluso agarrándose a las cuerdas, estuvo en un tris de caer de bruces al pie del cuadrilátero.

—Ha sido horrible —murmuró Celeste—. ¡Qué paliza!

Wash rio entre dientes y escupió la punta del puro que acababa de encender. Luego, muy seguro de lo que decía, proclamó:

—Así quedará el negro después que O'Brooke le ajuste la cuenta. Hoy verás cómo pega nuestro campeón.

Ella le miró de reojo. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero, pensándolo mejor, comprendiendo que hablar equivaldría a descubrirse, optó por guardar silencio.

Celeste, mejor que nadie, sabía cuál era el estado de angustia y el miedo que experimentaba Sean aquella tarde, solo unas horas antes de regresar al hotel para ir al «Sporting» con sus cuidadores y el *manager*.

Durante los tres últimos días, ella había visto a Sean rechazar la ayuda de la droga para conseguir una apariencia de estar en forma. Le vio temblar convulso y revolcarse por el suelo. En más de una ocasión estuvo tentada de inyectarle para acallar sus dolores. Pero, recordando lo que él le había dicho, se abstuvo de hacerlo para que por lo menos tuviese una oportunidad, por leve que esta fuese, de ganarle al negro.

Sin embargo, ella la había visto hacía muy poco temblando como un azogado, sufriendo los efectos del síndrome de abstinencia.

Celeste volvió a mirar a hurtadillas a Wash que, muy tranquilo, saboreaba el suculento habano que sostenía en la boca.

«Solo un cretino como él —pensó irónica—, puede no haberse

dado cuenta del verdadero estado de Sean. Pero seguro que su *manager*, y Alf y Petrie deben estar al tanto de todo».

Este pensamiento le hizo concebir una débil esperanza.

«Ellos conocen muchos trucos —se dijo para sus adentros—, y lo más fácil es que hayan encontrado una solución».

Celeste solo podía confiar en eso.

Y también Sean.

El boxeador había comprendido, demasiado tarde, que esa noche iba a jugarse su futuro, con las mismas posibilidades que si arrojara una moneda al aire.

Se lo iba a jugar todo a cara o cruz.

Y lo más fácil, lo más probable, era que él perdiese.

A menos que se produjera un milagro.

Pero los milagros no se dan en un *ring*. Al menos eso es lo que dice la gente. Y Sean también lo pensaba así.

Por eso, al subir al cuadrilátero, arropado con su bata de seda de un verde brillante, O'Brooke lo hizo con el mismo estado de ánimo que tendría un condenado al ir hacia la silla eléctrica.

* * *

Desde su rincón, O'Brooke miraba al contrincante de aquella noche. Brad Klinger era un negro corpulento, algo más alto que el irlandés y de brazos bastante más largos. El púgil de color saltaba en su esquina y asentía con movimientos de cabeza a los consejos que le decía al oído su cuidador.

Los dos púgiles avanzaron hasta el centro del cuadrilátero donde el árbitro les dio las últimas instrucciones, que no por menos sabidas estaban obligados siempre a escuchar. Nada de golpes bajos, ni de abrazos, ni…

Cuando el árbitro terminó de hablar, ambos boxeadores se saludaron haciendo que se rozaran sus guantes. Volvieron a sus respectivos rincones donde aguardaron que sonara el *gong* para iniciar el combate.

Klinger marchó directamente contra el irlandés, con el brazo derecho estirado y el zurdo recogido debajo del mentón.

«Ya me lo avisó Burt —pensó O'Brooke—. Lo más peligroso del negro es la zurda».

Una mueca curvó los labios del irlandés cuando detuvo el golpe de la derecha y esquivó la zurda. Pero la sensación de triunfo se evaporó casi al instante, al sentir en su mandíbula un fuerte impacto. El negro había reaccionado con mayor rapidez de lo que él imaginara y acababa de dispararle un tremendo derechazo. Él retrocedió un par de pasos, tratando de bailotear, pero ya Klinger volvía a la carga.

El negro hizo una finta con la izquierda y lanzó un gancho con la derecha a la cabeza de O'Brooke.

«Este pedazo de carbón no bromea —pensó el irlandés, irritado —. Viene decidido a tumbarme en la lona».

O'Brooke se había agachado instintivamente para esquivar la peligrosa zurda de su contrincante, y le disparó un *crochet*. El puño del irlandés alcanzó a Klinger en un costado, pero cuando trató de darle en la cabeza, ya el negro se había puesto fuera de su alcance y el golpe se perdió en el aire.

El negro volvió a atacar, iniciando una serie de *jabs* que fueron llevando a O'Brooke hacia las cuerdas. El uno-dos de Klinger provocó una guardia bastante cerrada del irlandés, que así iba dejando la iniciativa en manos de su contrincante.

Llevándole hacia uno de los rincones neutrales, el negro colocó un buen gancho con la derecha que hizo tambalearse a O'Brooke. Antes de que este pudiera reponerse ya Klinger conectaba un directo en la mandíbula que le envió contra las cuerdas.

El negro acometió violento para no dar tiempo al irlandés ni a respirar siquiera. Un soberbio *uppercut* alcanzó de lleno a Sean haciéndole perder el equilibrio.

O'Brooke sintió que le flaqueaban las rodillas y que los brazos le pesaban una enormidad. Instintivamente trató de levantarlos, pero el negro volvía a machacarle la cara y le partió una ceja al tiempo que le derribaba sobre la lona.

Un rumor de sorpresa entre el público acogió la caída del favorito. O'Brooke oyó los gritos de la gente mientras permanecía tendido, viendo a pocos pasos los pies del negro que bailoteaba a la espera de que él se levantase, y oyendo también la voz del árbitro que había comenzado a contarle.

—Uno… dos… tres… cuatro…

Al llegar la cuenta a seis, O'Brooke se puso en pie y brincó hacia

atrás, para que el negro no le alcanzase antes de tiempo. Consiguió detener un *crochet* de Klinger y cerró su guardia para llegar al menos al final de aquel asalto sin caer de nuevo en la lona.

El sonido del *gong* resonó en el cerebro de Sean como un repique de campanas, y se apresuró a dirigirse a su rincón para que le atendiesen sus cuidadores.

Sean sangraba por la nariz y por la ceja que le había partido el negro. Y este, sentado tranquilamente en su rincón, le miraba con una sonrisa burlona porque ni siquiera había sido tocado.

El principio no podía ser peor para el irlandés.

Alf y Petrie se afanaban atendiendo a O'Brooke al tiempo que le prodigaban consejos y advertencias. El púgil respingó cuando Alf le curó la ceja.

Una voz gangosa se dejó oír por los altavoces anunciando el comienzo del segundo asalto, seguido del consabido «segundos fuera». Sean se levantó y avanzó hacia el centro del cuadrilátero igual que lo hacía el negro. Con la diferencia de que este pisaba con firmeza, decidido a arrebatarle el título, en tanto que él dudaba incluso de tener aguante para soportar todos los asaltos programados.

Tras el primer intercambio de golpes para probar al adversario, el negro volvió a tomar la iniciativa. Castigó fuertemente a O'Brooke y logró conectarle un sólido derechazo en la mandíbula, que hizo retroceder al irlandés hacia las cuerdas.

Otra vez volvió el negro a acosar a su rival.

Largos y potentes derechazos iban rompiendo el equilibrio y la guardia del irlandés. Saltaba a la vista que Klinger no estaba buscando otra cosa que la oportunidad de meter la zurda y mandar así a O'Brooke al país de los sueños.

Parecía como si el irlandés hubiese envejecido repentinamente y le pesasen los años casi tanto como aquellos brazos que apenas si conseguía mantener alzados para protegerse con ellos.

Hubo un momento en que el negro preparó una finta a O'Brooke, abriéndole completamente la guardia, pero el irlandés no cayó en la trampa y el otro no pudo capitalizar la ventaja que ello habría podido representarle.

Sonó nuevamente el *gong* y les púgiles volvieron a sus rincones. Sean lo hizo lentamente, como si le costara un tremendo esfuerzo

dar aquellos pasos, y se derrumbó casi en el taburete, para dejar que sus cuidadores le atendiesen.

Alf volvió a curarle la ceja que había vuelto a sangrar. Y Petrie le atosigó con sus consejos.

—Cuídate de la izquierda. Ese bastardo puede deshacerte si te alcanza. Pelea a distancia...

Sean asentía a todo lo que le decían y miraba al rincón del negro. Solo de reojo miró una vez a la tercera fila donde estaban Harrad y Celeste. Sus labios se curvaron en una mueca al ver que el millonario estaba casi mascando el puro.

«Acabará comiéndoselo...»

Pero aquel pensamiento no le satisfizo ya que él había visto también la expresión apenada y dolorida de Celeste.

«¡Cuánto debe estar sufriendo!».

El sonido del *gong* interrumpió sus pensamientos y O'Brooke se levantó para dirigirse al encuentro de su poderoso rival.

Klinger se lanzó a un ataque fulminante. Plagó el cuerpo de O'Brooke a derechazos y *jabs* de izquierda, sin que el irlandés pudiera apenas contestarle. Luego, aprovechando la guardia baja del irlandés, le conectó un gancho con la izquierda que dio de lleno en la mandíbula de O'Brooke, atolondrándole y haciendo que fuese contra las cuerdas.

Rápido como una centella, el negro cargó contra su adversario y, antes de que pudiera recobrarse del golpe anterior, le disparó un *uppercut,* que envió a O'Brooke a la lona para la cuenta de ocho.

El *gong* salvó al irlandés del desastre sonando cuando él acababa de ponerse en pie y Klinger se disponía a liquidarle con un *knockout* definitivo.

Tambaleándose, O'Brooke se encamino a su rincón, al mismo tiempo que su *manager* le entregaba algo a Alf, ocultándolo con la toalla.

—¿Crees que servirá? —le preguntó el *sparring* en voz baja a Burt.

El *manager* se encogió levemente de hombros.

—Si con esto no gana... no lo hará con nada. El *Doc* me ha dicho que es casi como dinamita pura.

—*Okay*. Veremos qué pasa.

Los dos cuidadores se apresuraron a atender a O'Brooke y, sin

que nadie alcanzase a ver lo que hacía, Alf cambió el protector bucal que llevaba su pupilo por el que acababa de darle Burt. Luego, mientras se lo ponía al boxeador, le indico qué debía hacer.

—Aprieta fuerte el protector… Sentirás un pinchazo. Luego todo irá mejor.

Sean le dirigió una mirada interrogativa. Su *sparring* le contestó con un gesto afirmativo. O'Brooke quiso darle las gracias a Burt pero la mirada dura de este le quitó las ganas. Recordó algo que él le dijera en otra ocasión: «Estamos en el mismo barco». Era por eso que le ayudaban. Por eso…

El irlandés apretó los dientes y sintió el pinchazo, notando luego como algo, un líquido, se derramaba en su boca y se mezclaba con su sangre en la herida que él mismo se había hecho.

El miedo que había sentido hasta entonces fue desvaneciéndose con rapidez de vértigo.

Cuando sonó el *gong* anunciando el comienzo del cuarto asalto, O'Brooke saltó de su asiento y avanzó decidido hacia el centro del cuadrilátero. Su rival lo había hecho también, confiando ya en que aquel sería el *round* definitivo, el de su victoria.

Brad Klinger se equivocó de medio a medio.

Como si hubiera recobrado las fuerzas por arte de birlibirloque, el irlandés se mostró como el campeón de sus primeros tiempos, cuando en su palmarés solo anotaba victorias por K.O. Acorraló al negro contra las cuerdas, igual que este hiciera antes con él, pero había una gran diferencia entre ambos momentos. Los golpes que Sean propinaba a su adversario eran auténticamente demoledores.

Fulminantes.

Decisivos.

Un gancho con la derecha envió al negro a la lona por vez primera. Klinger escuchó la cuenta de siete, pero logró levantarse. El irlandés lo estaba esperando y se abalanzó como un tornado, disparándole una andanada de izquierdas y derechazos, que culminaron con un soberbio gancho de la zurda.

Brad Klinger volvió a salir disparado contra las cuerdas, pero sin caer todavía.

El irlandés no le dio la menor oportunidad para rehacerse. Le machacó la cara con un prodigioso directo, al que siguió un *crochet* y luego un *uppercut*, que le hicieren doblarse.

El vocerío del público acogió la caída de Klinger sobre la lona para la cuenta definitiva.

Instantes después el árbitro proclamaba vencedor del combate a Sean O'Brooke y este se movía por el cuadrilátero con el brazo derecho alzado. Tenía la ceja sangrando, pero no notaba el dolor. Sonreía como un triunfador.

Y sin embargo…

Él sabía muy bien que no había ganado.

Era la droga la vencedora. ¡No él!

CAPÍTULO VIII

Lo primero que hizo Sean al finalizar el combate fue darse una ducha. La necesitaba más que el comer. Disfrutó con fruición la sensación refrescante del agua fría chocando con su piel y resbalando luego por esta. Enseguida se sintió como nuevo. Incluso le entraron ganas de cantar.

Era como si en el *ring* se hubiese producido aquel milagro que poco antes parecía imposible.

O'Brooke estaba completamente eufórico. Una vez más había vuelto a triunfar.

¡Continuaba siendo el campeón!

Al salir de la ducha, sin molestarse en secarse, Sean se tendió en la mesa para que Alf le diera un masaje.

Justo en el momento en que O'Brooke acababa de tumbarse entraron Harrad y Burt, ocupándose este de cerrar la puerta a sus espaldas y de correr el pestillo interior.

Un silencio ominoso siguió a la entrada de los hombres. Lo rompió la voz metálica de Wash Harrad, que se había plantado delante del boxeador y le increpaba con dureza.

—¿Te sientes orgulloso de ti mismo?... ¡Bastardo!

Sean le miró sorprendido. Sin embargo, al ver a Burt a su lado comprendió que el promotor estaba al corriente de todo... o de casi todo, porque confiaba en que su *manager* no le hubiese hablado de lo suyo con Celeste.

El boxeador se mordió el labio inferior, a pesar de lo que eso podía dolerle, y no replicó ni palabra.

Wash Harrad añadió irritado:

—Por tu culpa estuve a punto de perder una fortuna. Era mucho lo que había jugado en las apuestas... ¡Menos mal que Burt me avisó y pudo llegar a tiempo para evitar la catástrofe!

O'Brooke balbuceó:

—No volverá a suceder, señor Harrad. Le prometo que...

—¡Calla, hijo de perra!

El irlandés fue a incorporarse al oír el insulto, pero las manazas

de Alf le sujetaron obligándole a continuar tendido en la mesa, a merced de Harrad.

Con rabia concentrada, el promotor volvió a hablarle.

—Este de hoy ha sido tu último combate… ¡campeón de pacotilla! En adelante no cuentes ya con mi apoyo.

—Pero… tenemos un contrato.

Harrad rio sarcástico.

—¿Un contrato?… ¡Papel mojado es el papelucho que firmamos!

—Sin embargo… hay unas condiciones que nos incumben a los dos… y deben cumplirse… o indemnizar.

Wash Harrad miró al púgil con odio.

—Tú mismo acabas de decirlo, bastardo. Las condiciones incumben a los dos. ¡Y tú no has cumplido!

El promotor hizo una pausa y, como si masticara las palabras, añadió:

—Si quieres hablar de indemnizaciones… ¡A ti te tocaría pagar! ¡Tú rompiste el contrato al drogarte!

Harrad se regodeó al agregar:

—Y tu victoria de hoy sobre ese desgraciado de Brad podría volverse contra ti en cuanto me viniese en gana. ¿Te enteras?

Sí, O'Brooke se estaba enterando. Y para que no le quedase la menor duda de cuál era ahora su situación, Harrad continuó diciéndole:

—Si tratas de hacer valer el contrato que firmamos solo tendré que hacer una cosa para acabar contigo. ¿Te das cuenta, hijo de zorra?… Bastará con que te denuncie por *dopping* y estarás liquidado. ¡Para siempre!

El irlandés vio cómo los labios de Harrad se curvaban en una mueca amenazadora al tiempo que este añadía:

—El protector bucal que Burt le pasó a Alf antes de que empezara el último asalto fue preparado por un medicucho que no puede negarme nada. ¿Te vas dando cuenta?… Lo hizo delante de testigos para que la cosa esté completamente clara.

O'Brooke sintió que un sudor frío bañaba su cuerpo y se incorporó para mirar cara a cara al promotor.

—Pero si ellos habían… —balbuceó—, si me delatan… se convertirán en cómplices del *dopping*.

—¿Y qué?

—Pues que si yo voy a la cárcel... ¡ellos irán también!

Harrad soltó una carcajada hiriente.

—¡No digas más imbecilidades!

El promotor acercó la cara a la de O'Brooke y casi le escupió las palabras.

—A ellos no les importará decir la verdad, denunciarte, porque saben que contarán con mi apoyo e influencias. Ninguno pasaría más de un día entre rejas como cómplices tuyos. Claro está que habría que pagar una fianza, pero yo soltaría la pasta con gusto con tal de meterte a ti más adentro ¿Te enteras?

Sean agachó la cabeza. No necesitó que Harrad volviera a repetírselo. ¡Él era un hombre acabado!

Miró de reojo al que hasta entonces fuera su *manager* y a quién había considerado un amigo. Pero Burt no pestañeó siquiera, limitándose a volverle la espalda, significativamente.

Harrad masculló una orden y Burt se apresuró a ir hacia la puerta, para descorrer el cerrojo y abrirla.

Mientras los dos hombres salían de allí, Sean se volvió hacia Alf y Petrie.

Las caras de quienes habían sido su *sparring* y su cuidador eran sobradamente elocuentes respecto a lo que pensaban de él. Sin decir palabra recogieron sus cosas y marcharon detrás de los otros dos. Abandonándole.

Sean había quedado solo.

El irlandés dirigió una mirada en torno suyo. Luego clavó sus ojos en la puerta que volvía a estar cerrada.

—Todo esto por culpa de la droga... y de una mujer.

El casi tumefacto rostro de O'Brooke se iluminó al pensar en Celeste. Recordó lo que de ella le dijera Harrad al presentársela aquella noche en la fiesta que se dio en su honor en el «Flamingo»: *Celeste puede ser infernal. Lo mismo envía a un hombre al séptimo cielo, que lo hunde en el mismísimo infierno.*

Él había pasado por ambas cosas.

Entre los brazos de Celeste creyó alcanzar los cielos del más desenfrenado placer. Pero, por ella también, había caído en el más profundo y abyecto de los infiernos.

Ahora solo se trataba de volver con ella... de que con sus besos y caricias volviese a hacerle gozar como si regresara al séptimo cielo.

Deseando convencerse a sí mismo de lo que imaginaba, murmuró entre dientes:

—Ella no me abandonará… Celeste me quiere.

Convencido de que no se equivocaba al juzgarla, de que sería así, Sean se vistió y abandonó el «Sporting» para dirigirse al apartamento de Celeste Ashe, la mujer en la que cifraba su última esperanza de salvación.

* * *

Al llegar delante del edificio donde estaba el apartamento de Celeste, el irlandés vio que el coche de Harrad estaba aparcado a unos cuantos metros del portal.

«Deben estar juntos —pensó recomiéndose de celos—. Ese hijo de mala madre usurpa mi puesto… porque ella me quiere a mí. ¡Me lo ha jurado un sinfín de veces! ¡Y sé que no mentía al jurarme su amor!».

Incitado por un sentimiento más fuerte que la prudencia, Sean se deslizó sigiloso hacia la casa, ocultándose entre las sombras para no ser descubierto por el chófer de Harrad.

El boxeador ganó la parte trasera del edificio y saltó para asir la escalera de incendios, haciéndola bajar hasta él, para luego subir hasta el séptimo piso.

Evitando hacer ruido, O'Brooke acercó su cara a la ventana para echar una ojeada al interior del apartamento. La cocina estaba desierta y pudo colarse sin problemas. Luego, caminando de puntillas, se acercó al dormitorio.

Un murmullo de voces llegó hasta él, que vio así confirmadas sus sospechas de que Harrad estaba con la mujer. En su alcoba, acostado con ella.

Haciendo el amor…

Sean se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. El demonio de los celos acababa de hacer presa en él. Y también una cólera fría se apoderó de su mente, convirtiéndole en otro hombre, en un ser vengativo, irracional.

Escuchó unos instantes con la cara pegada a la puerta del dormitorio y oyó lo que ambos hablaban.

Ella hacía protestas de fidelidad.

—Tu boxeador me acosaba, es verdad —estaba diciéndole a Harrad—, pero te juro que no le hice caso.

—Pudiste haberme advertido —le reprochó él.

Celeste se acurrucó, mimosa, contra el cuerpo de su «protector», susurrándole:

—Vi que él era muy violento… la verdad es que tuve miedo de que te pegase… ¡Podía destrozarte de un puñetazo!

Sean escuchó el chasquido de un beso, al que siguieron luego unas palabras de la mujer. Celeste continuaba intentando convencer al hombre de que él lo era todo para ella, que el boxeador no había significado nada…

Un rumor de besos y de caricias indicó a O'Brooke que ella estaba consiguiendo su propósito.

Harrad la creía…

Les oyó cómo hacían otra vez el amor.

O'Brooke sintió un asco tremendo.

Le daba asco aquella pareja, pero también se lo daba él.

¡Y había sido tan estúpido que llegó a creer que Celeste le quería de verdad!

Por un instante estuvo tentado de irrumpir en la habitación y saciar su rabia golpeándoles a los dos… de golpearles hasta matarlos.

Él sabía que podía hacerlo.

No necesitaba de ningún arma A Sean O'Brooke le bastaban, sus puños. Unos puños que podían ser mortales.

Lívido como un muerto, Sean dio un paso atrás. Continuaba con los ojos clavados en la puerta del dormitorio, detrás de la cual Celeste y Harrad gozaban olvidados de su existencia.

«No merecen que yo cometa una locura —pensó, mientras una súbita calma se apoderaba de él—. No se merecen nada… ¡Absolutamente nada!».

Y siguió retrocediendo.

Sean O'Brooke se había olvidado ya de su primitiva idea de golpear a los dos.

Ya no sentía la necesidad de matar.

* * *

Con el mismo sigilo con que había entrado en el apartamento de Celeste, el irlandés se deslizó fuera de este. Volvió a usar la escalera de incendios para descender, y cuando llegó al final saltó a la calleja trasera, para escapar de allí como si le persiguiera una legión de diablos.

Los diablos que continuaban en su cerebro, atormentándole sin cesar.

Todas las esperanzas que había acariciado respecto a Celeste, imaginando que ella le quería y que, juntos, podían empezar una nueva vida, se habían evaporado como nubes de humo.

Ahora se enfrentaba a la realidad. Y esta era que él estaba solo. Por completo.

Celeste le había arrumbado a un lado como si fuera un trasto inservible, un obstáculo.

Y, la verdad, la traición de ella le había hecho más daño que la defección de los demás.

Que Burt, Alf y Petrie le dejaran al saberle liquidado como boxeador le parecía bastante lógico. A fin de cuentas a ellos no les unía más que un interés económico. Su pretendida amistad se cifraba solo en el dinero, en el que les podía dar a ganar boxeando y triunfando en el *ring*.

¡Pero ella...!

Sean masculló unas palabras casi ininteligibles pero malsonantes. Con ellas condenaba no solo a la mujer, en la que había confiado hasta el último instante, sino que, a la vez, se condenaba a sí mismo, tratándose de crédulo y de imbécil.

Hablando consigo mismo, Sean O'Brooke continuó alejándose de la casa de Celeste. Movía las piernas maquinalmente, igual que un autómata, tambaleándose como si estuviera borracho.

Y estaba ebrio. Pero no de alcohol. Y tampoco a causa de ninguna droga.

Sean estaba borracho de angustia, de dolor. Moribundo de desesperación.

Se detuvo un instante, junto a una farola, y miró en torno suyo. Desconcertado.

Ignoraba dónde se encontraba.

Volvió a echar a andar, luego de encogerse de hombros, caminando como un sonámbulo.

Sin rumbo ninguno.

O'Brooke se limitaba a mover las piernas dejando que estas le condujesen a cualquier parte.

Adónde no le importaba. Lo único que él deseaba, lo que necesitaba, era irse lejos de allí.

Sin Celeste había perdido la posibilidad de alcanzar aquel séptimo cielo que añoraba. Sin tenerla a ella al lado lo mismo le daba dirigirse al mismísimo infierno.

Ahora ya todo le daba igual.

Era como si estuviera drogado… o muerto.

¡Muerto!

Igual que «Salvaje» Flint, como Fred Jong, o como aquel maldito Lincoln Vince, al que hacía responsable de que él se hubiera convertido en un drogadicto.

Pero… ¿fue el muerto el culpable?… ¡O lo había sido Celeste?

Sean la maldijo en voz alta con todas las fuerzas de su ser. La maldijo desde lo más profundo de su alma, sintiendo que al hacerlo se crispaban todos los músculos y nervios de su cuerpo.

La idea de la venganza volvió de nuevo a su cerebro, pero la rechazó casi de inmediato.

Vengarse… ¿de qué?… ¿y para qué?

¡No valía la pena!

O'Brooke continuó caminando y, sin darse cuenta de lo que hacía salió de la ciudad.

CAPÍTULO IX

O'Brooke había parado en aquel restaurante de la carretera para comer un *hot-dog* y beber una taza de café negro. El dinero que tenía en la billetera no le daba para mucho más. Sobre todo si continuaba con aquella fuga que parecía no tener sentido.

Estaba ya muy lejos de Filadelfia, pero él seguía huyendo, de Celeste, de los demás, de sí mismo…

No se molestaba en hacer el clásico gesto del autostop para que alguien le recogiese. Sin embargo, de pronto, cuando menos lo esperaba, un camión se detuvo junto a él.

—¡Eh, amigo! —le llamó el conductor—. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

O'Brooke miró al que acababa de hablarle. Era un hombre recio y corpulento, que frisaría ya los cincuenta y cinco. Tenía la cara picada de viruelas y le sonreía amistoso.

—Sí, gracias —respondió.

Sean subió a la cabina y se sentó al lado del conductor.

—Yo voy a Memphis. ¿Adónde te diriges tú?

Se encogió de hombros al oír la pregunta del camionero.

—Voy a cualquier parte. Memphis me sirve.

—Entonces continuemos. Todavía falta mucho para llegar.

El hombre pisó el pedal del embrague y el camión volvió a avanzar por la carretera.

—Me llamo Fred Collins —dijo al rato el conductor—. ¿Y tú?

O'Brooke estuvo a punto de decir su verdadero apellido, pero se contuvo a tiempo.

—Sean… Me llamo Sean O'Hara.

—Irlandés, claro.

—Mis padres lo eran. Yo nací en Filadelfia.

—Muy bien, amigo. Yo soy de esos a los que no les gusta ir solos en carretera y mi ayudante enfermó anoche. Por eso paré para recogerte. Teniendo a alguien al lado y pudiendo charlar se pasa mejor el tiempo.

—Sí, claro. Lo comprendo.

—De haber tenido tiempo —siguió diciendo el conductor—, habría buscado un sustituto, pero tenía que salir pitando. En Memphis están esperando esta carga y no me puedo entretener.

—Comprendo.

Collins miró a su pasajero como si lo evaluase.

—Oye una cosa, Sean...

—¿Qué?

—¿Sabes conducir un camión como este?

—Claro. De pequeño me enseñaron a manejar toda clase de cacharros con ruedas. Desde tractores y *jeeps*, hasta ambulancias y camiones. ¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres que te reemplace un rato al volante para descansar?

El camionero contestó con un gruñido de aprobación.

—Bueno, yo pensé que si sabías conducir y teniendo en cuenta que vamos juntos hasta Memphis, tal vez te interesaría el puesto de ayudante. Te pagaría lo mismo que a Sammy.

—¿Sammy?

—Sí, el compañero que te dije tuvo que quedarse por enfermo. Podrías reemplazarle, por lo menos hasta Memphis.

—Por mí vale, pero... ¿y después?

Collins se encogió de hombros.

—Después, Dios dirá. Si nos avenimos y Sammy sigue enfermo podríamos continuar juntos un poco más. ¿Hace?

—¡Hace! —exclamó O'Brooke, estrechando la mano que le ofrecía el conductor.

—En ese caso, después que paremos para desayunar, probaré si es verdad lo de que sabes conducir un camión como este. Comprenderás que he de asegurarme. Uno puede dejarse el pellejo en la carretera si el ayudante no está a la altura.

—Lo comprendo. Y no te preocupes. Lo que te dije es verdad.

Collins se puso a silbar, en tanto que O'Brooke miraba por la ventanilla de la cabina, viendo cómo el paisaje desfilaba ante sus ojos, alejándole más y más de su pasado.

«¿Será posible que ahora me encuentre a mí mismo? —se preguntó. Y una sonrisa afloró a sus labios, al añadir para sí—: Tendría gracia que hubiese fracasado come boxeador y triunfase como camionero?».

Y, como si en verdad aquello le hiciese gracia, Sean O'Brooke se

echó a reír.

* * *

La casa, el bar y la gasolinera formaban un conjunto bastante destartalado. Eran unas estructuras bajas, mitad madera y mitad obra, sobre las que campeaba un enorme pero ya deslucido cartel que anunciaba que allí podía repostarse, comer y alquilar habitaciones para pasar la noche.

Todo eso lo apreció Sean al apearse del camión y entrar con Collins en el recinto que ostentaba el pomposo nombre de *snack-bar-restaurant*.

El local se veía casi desierto.

Una mesa estaba ocupada por dos camioneros, que tardaron poco en largarse de allí. Más allá había un tipo sentado a otra mesa y junto a él estaba una muchacha, que debía ser la camarera. Por lo menos estaba anotando en un bloc lo que el cliente le estaba pidiendo.

Collins llamó reclamando que alguien les sirviese en el mostrador.

La chica se volvió hacia ellos para contestar:

—Ahora mismo voy. Les atiendo en un minuto.

Luego, sonriéndole al cliente de la mesa, se zafó de una mano de este, que pretendía atrapar su cintura.

Antes de situarse en el mostrador, la muchacha pasó por la cocina y dijo en voz alta:

—Chun-Li, prepara dos huevos revueltos con jamón, tres o cuatro tostadas y pon también un poco de mantequilla.

Después se encaró con los dos camioneros.

—Bien... ¿qué va a ser?

Collins rio al contestar:

—¿Cuál es la especialidad de la casa?

La chica frunció el entrecejo.

—Aquí no hay especialidades. Servimos rápido y barato, para gente que tiene prisa. Sois camioneros, ¿no?

—¿Tanto se nos nota? —bufó Collins—. ¡Ni que apestásemos a gasolina!

Ella se rio.

—No es por eso, amigos. Pero es que aquí raras veces para alguien que no lleve un camión o un tractor.

Sean señaló con disimulo al tipo que estaba en la mesa.

—Pues ese no parece nada de lo que has dicho. Y fuera hay un cochazo de agárrate y no te menees.

La muchacha volvió a fruncir el ceño.

—Ese es capítulo aparte.

El irlandés se dio cuenta de que ella no parecía a gusto al referirse al tipo aquel e insistió:

—Presumo que es un moscón… ¿cierto?

—Sí.

—Y tú, claro está, el tarrito de miel que le atrae a este sitio. ¿Me equivoco?

—Nada de eso, amigo. Pero basta de charla y decidme de una vez qué queréis tomar.

Collins pidió para los dos:

—Huevos con *bacon* y café. ¡Un barreño de café negro!

—Enseguida —dijo ella.

Y fue a la cocina para encargar lo que le habían pedido y recoger lo que quería el tipo de la mesa.

Al dejar la bandeja delante del otro cliente, este, que parecía estar esperando a que se acercase, le echó las dos manos a la cintura, sujetándola y atrayéndola hacia él.

—Olvidé pedirte el postre, Suzie.

La muchacha trató de zafarse de aquellas manazas.

—Bien, señor Brashom… ¿Qué quiere tomar?

Sin soltarle la cintura, con los ojos saliéndosele de las órbitas, el tipo respondió:

—Qué mejor postre que tú, Suzie… Te quiero a ti…

—¡Suélteme, señor Brashom! ¡Yo no soy ningún postre!

—No digas tonterías, monada. ¡Estás para comerte!

El individuo aquel seguía aferrando la cintura de la muchacha y tratando de acercarla a él. Suzie continuaba debatiéndose e, instintivamente, miró hacia los camioneros.

En los ojos de la joven había una expresión de súplica.

Sean se bajó del taburete y fue hacia la mesa.

—¡Eh, usted! ¡Suelte a esa chica!

El llamado Brashom giró la cara hacia él, enrojecido.

—¡Métete donde te llamen, estúpido!

Aquello fue suficiente para O'Brooke.

No solo estaba la mirada suplicante de la muchacha, sino que el tipo aquel se permitía insultarle… ¡a él!

Sin dar muestras de tener prisa, Sean apoyó una de sus manos en el hombro derecho del individuo aquel y presionó con fuerza, consiguiendo que soltara a la chica.

—¡Maldito entrometido! —gruñó el tal Brashom—. ¡Yo te enseraré a tener modales!

Sean rio sarcástico, ofensivo, burlón.

—Me gustará verlo…

Con una mano apartó a la muchacha, interponiéndose además entre ella y el hombre, que, mascullando maldiciones y amenazas, se había puesto en pie dispuesto a abalanzarse sobre él.

Tranquilo, calmoso, Sean dejó que el otro le atacara. Brashom lo hizo disparando su puño derecho contra la cara del irlandés, sin encontrarla, y perdiéndose el golpe en el vacío.

El puño de Sean sí acertó, en cambio, la mandíbula de su atacante, que salió disparado hacia atrás y cayó encima de la mesa.

Brashom se incorporó echando espumarajos de rabia.

—Me has pillado a traición… pero ahora sabrás lo que es bueno, sucio camionero.

—Hablas demasiado para pelear bien.

El enfurecido Brashom se lanzó contra su rival, agitando los brazos como si fueran aspas de molino. Para O'Brooke fue como un juego de niños parar el aluvión de golpes, a los que contestó con un certero *crochet* de derecha, seguidos de varios *jabs* durísimos, que culminaron con un *uppercut* fulminante.

Alcanzado de lleno, echando sangre por la nariz y la boca, Brashom cayó al suelo y quedó tendido inconsciente.

Sean se volvió hacia la muchacha que le miraba asustada.

—¿Qué? ¿Nos pondrás ahora los huevos y el *bacon* que te pidió mi compañero?

—¡Oh, sí, claro!

Con los ojos brillantes de admiración, Suzie corrió a la cocina, mientras Sean volvía a instalarse en el taburete, junto a Collins, que le miraba sorprendido.

—No sabía que peleases tan bien… ¡Ni que fueras boxeador

profesional! ¡Qué manera de pegar!

Sean se encogió de hombros y se dispuso a recoger la bandeja con la comida que la chica acababa de traer de la cocina.

Ella miró por encima del hombro del irlandés y gritó asustada:

—¡Cuidado!

Sean no había vuelto a acordarse del hombre al que había golpeado y dejado inconsciente en el suelo.

Fue un grave error.

Al volver en sí, viéndose caído y con la cara ensangrentada, Brashom reaccionó como un tipo de mala ley. Se incorporó impulsado por la rabia y el deseo de venganza, y sin pensar dos veces lo que iba a hacer, sacó del bolsillo del pantalón una navaja, y, empuñándola, se arrojó contra la espalda de Sean.

Advertido por el grito de Suzie, el irlandés se volvió a tiempo de esquivar lo que pudo haber sido un golpe mortal, pero que le alcanzó en un costado.

—¡Asqueroso bastardo! ¡Traidor! —gritó bajándose del taburete.

Impulsado por la cólera, O'Brooke disparó su derecha contra el hombro derecho de su agresor.

Brashom lanzó un gemido de dolor y su mano se abrió soltando la navaja que empuñaba.

El irlandés no se conformó con eso y le colocó al otro un gancho con la zurda, que casi le levantó un palmo del suelo. Después le recogió con un directo que le envió contra la pared.

Sin sentir el dolor de la herida de su costado, O'Brooke cargó contra su adversario, demoliéndole con golpes certeros y fulminantes, que le derribaron enviando a Brashom definitivamente al país de los sueños.

Entonces, Sean se volvió hacia la asustada Suzie y sonrió.

—Cuenta zanjada.

—Avisaré a un médico... y al *sheriff*.

Y corrió al teléfono para hacer ambas llamadas.

Collins se había acercado entretanto a su compañero que, sentado en una silla, se estaba mirando la herida.

—No parece grave —le dijo—, pero supongo que necesitarás unos días de reposo.

Luego miró hacia la muchacha. Sonrió y añadió:

—Tendré que dejarte aquí, donde supongo que estarás muy bien

atendido.

Sean sonrió a su vez y asintió con un gesto.

—¿Me recogerás al volver?

—Desde luego, amigo. Y ahora adiós. Ya sabes que están esperando esta carga y no me puedo entretener.

—Sí, claro. No te preocupes.

Collins volvió a sonreír.

—Claro que no me preocupo... Basta con fijarse en cómo te mira esa chica para saber que no lo pasarás nada mal quedándote. Sobre todo si ella hace de enfermera.

Y el camionero se marchó dejando a Sean al cuidado de la joven Suzie.

* * *

Acurrucándose mimosa contra el pecho de O'Brooke, Suzie susurró:

—Te quiero, Sean... No te vayas.

—No he pensado irme.

—Pero tu compañero volverá a recogerte. Y yo quiero que te quedes conmigo.

Ella se apretó más contra el cuerpo desnudo de Sean, y añadió:

—Ya sabes que el negocio es mío y que Chun-Li cobra muy poco por trabajar en la cocina. Si tú te quedases esto podría funcionar mejor y yo... yo me sentiría más protegida.

—¿Solo eso?

Suzie se sonrojó al tiempo que aplastaba su cara contra el pecho de Sean, que le acarició su rubia cabellera, al tiempo que la obligaba a mirarle a la cara.

—Yo también estoy muy bien contigo... y creo que puedo llegar a quererte.

—¡Con eso me basta! —exclamó ella.

Y, movida por un impulso incontenible, le besó.

Él respondió a la caricia con otro beso más profundo.

Después hicieron el amor, sin ninguna prisa, con total dedicación. Entregándose al placer que vigorizaba los sentidos al tiempo que acrecentaba la pasión naciente.

Sean saboreó con deleite aquel goce tan natural que le ofrecía

Suzie en su total entrega.

Y mientras la sentía tan suya, no pudo por menos de recordar a aquella otra mujer que había arruinado su carrera pugilística llevándole al *dopping*, para luego irse con el mejor postor.

¡Qué diferencia había entre ella y Suzie!

La misma que entre el triunfador artificial y el verdadero. Y en aquellos momentos, entre los brazos de Suzie, el irlandés descubrió que su mayor triunfo no estuvo al ganar combates en el *ring*, sino al encontrar la felicidad al lado de una muchacha que, a su lado, con él, había florecido como mujer.

FIN

COLECCION
DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en
DOBLE JUEGO
¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España